La conquista del ESPACIO

LOS MERCENARIOS DEL TIEMPO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

R

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS




La conquista del
ESPACIO

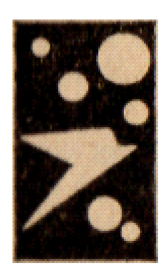
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

507 – Regresaron al futuro, *A. Thorkent*.
508 – Colmillos en la galaxia, *Ralph Barby*.
509 – El comprador de aventuras, *Glenn Parrish*.
510 – La necrópolis del espacio, *Joseph Berna*.
511 – El planeta-hombre, *Clark Carrados*.

A. THORKENT

LOS MERCENARIOS DEL TIEMPO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 512
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 18.016 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Conocí a Pablo Dunigan una noche en el Barrio Chino. Fue en una callejuela. Dos tipos le amenazaban con pincharle si no les entregaba el dinero. Yo lo presenciaba todo desde lejos y me preguntaba si valía la pena intervenir.

Cuando Dunigan pasó a la acción me decidí. Había tomado a uno de los atracadores por una mano y con una hábil maniobra de karate lo proyectó a tres metros de distancia. Era el que tenía la navaja. El otro sacó entonces una pistola.

No sé si se hubiera atrevido a disparar. No lo pensé y salté contra él con las piernas por delante. Cayó contra la pared y escuché un fuerte golpe al golpear el cráneo contra la piedra.

El hombre de la navaja se había levantado y corrió ante el cariz adverso que había tomado la situación para ellos.

Cuando me incliné para comprobar si el maleante que yo había golpeado estaba vivo, Pablo me dijo:

—Déjalo; no nos metamos en más jaleos.

Pablo pareció darse cuenta de mi titubeo al mirar hacia varias bocacalles. Yo no conocía bien aquel barrio. Me tiró de un brazo y ambos anduvimos aprisa para alejarnos.

Cruzamos las Ramblas y él llamó a un taxi. No escuché bien la dirección que dio al conductor, pero unos minutos más tarde nos deteníamos delante de la entrada de una taberna inglesa.

Nos sentamos en una mesita apartada y me preguntó qué quería tomar. Le respondí con un encogimiento de hombros, observándole detenidamente. Era un tipo alto, pero aún muy joven. No tendría más de veintitrés o veinticuatro años.

Pidió whisky para los dos, sin agua ni hielo. Me pregunté cómo había adivinado mi preferencia.

—¿Cinturón negro? —me preguntó después de hacer chocar su vaso contra el mío.

Asentí.

—Hablas poco —sonrió bebiendo un trago largo—. Mi nombre es Pablo Dunigan Medina. Tienes mi agradecimiento.

—Creo que te hubieras defendido bien tú solo si el que liquidé no hubiese sacado una pistola —dije.

Me miró fijamente y en seguida comprendí el motivo.

—Eres extranjero —dijo—. ¿Yanqui?

Riendo, le respondí en inglés que de ninguna manera.

—Pareces inglés, pero yo diría que australiano.

—Te has acercado. Soy neozelandés. Tú hablas mi idioma bastante

bien —admití. En realidad su acento resultaba un poco escandaloso, pero resultaba aceptable. Parecía ser del sur del país—. Me llamo Abe Snell.

Había poca gente en el pub y el ambiente resultaba agradable. Al tercer whisky parecía que nos conocíamos de toda la vida. Nuestra conversación era a ratos en inglés y otras en castellano.

—No tienes el acento de los que aprenden español en la América latina —me dijo.

—Llevo aquí cuatro años —respondí.

—¿Qué haces?

—Hacía, querrás decir. Hasta hace una semana he estado trabajando para una compañía multinacional.

—¿Te despidieron?

Miré a Pablo. Hacía preguntas un poco impertinentes. Pero el licor había minado mi desconfianza. Además, siempre estaba sonriendo. No podía contestarle de forma desairada.

—En cierta forma, sí. Ayer leí en los periódicos que había quebrado. Lo de siempre. Los socios locales y los británicos desmontaron el negocio cuando las cosas empezaron a marchar mal. Seguro que los achacarán a la crisis. Yo he tenido la suerte de cobrar una pequeña indemnización.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—He llegado ayer y creo que me pondré en contacto con unos amigos que en cierta ocasión me prometieren un empleo en Borneo. Les diré que me envíen dinero para el pasaje. Y si no tienen ya para mí ese puesto…

Dejé en suspenso la frase. ¿Por qué le estaba contando tantas cosas?

—Es un mal momento para todo, amigo —dijo Pablo. Había pedido una botella y ya la teníamos agotada por la mitad. Llenó mi vaso.

—¿Qué hacías tú para encontrarte en un mal momento? —pregunté, creyendo que había llegado el momento que él fuera quien respondiera a mis preguntas.

—Buscaba a alguien en el Barrio Chino. No lo encontré y sí a ese par de tipos que me habían estado siguiendo. En un sitio donde entré a tomar una copa debieron verme el dinero —rió—. Seguro que uno de ellos al menos está lamentándolo. El otro es posible que esté muerto.

Y me miró fijamente, como si esperase que yo mostrase mi nerviosismo ante la posibilidad que apuntaba.

Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo.

—No te preocupes. Casi todas las noches aparece algún tipo convertido en fiambre por esas calles. Y el que nos vio hacerlo, por

supuesto, no cantará.

—Estoy tranquilo. Pero tú no pareces ser de los que frecuentan esos lugares. ¿Qué clase de tipo buscabas?

—Alguien me dio un nombre, pero al parecer era una dirección equivocada. Me aseguraron que ese hombre me daría unas señas exactas de una organización dedicada a reclutar mercenarios.

No tuve más remedio que mostrar mi sorpresa, para maldecirme a continuación. Pablo me miraba y se había dado cuenta de mi reacción. ¿Cómo era posible que...? Pero en seguida recompuse mi postura.

—Pareces muy joven para ese empleo —dije, mirándole a través del culo del vaso.

—Tengo experiencia. He estado en los Boinas Verdes. Aquí también tenemos esas compañías especializadas.

—Lo supongo. En Nueva Zelanda también estuve en una unidad parecida. ¿Cuánto tiempo llevas en la vida civil?

—Tres-meses.

—Y no te gusta.

—No estoy seguro. No echo de menos los tres pasados años; pero no encuentro nada que me guste. Y los empleos buenos escasean. El dinero se me acabará un día u otro. No sé hacer otra cosa que lo que me enseñaron.

—Ahora no se precisan tantos mercenarios blancos en África.

—Me da igual África que América. En Suramérica también los necesitan. Allí siempre existirán dictadores dispuestos a pagar mercenarios.

Jugueteé con mi vaso. Estaba vacío y Pablo parecía olvidarse de llenarlo. Levanté la mirada y sonreí.

—Por un momento he estado a punto de darte un puñetazo —dije.

—No entiendo...

—Yo también he estado intentando localizar un contacto semejante al que buscas. Pero no es tan fácil. Si en esta ciudad existió un mercado, ahora parecen haberse esfumado o las autoridades han conseguido que se larguen o sean más cautos.

Pablo rió sonoramente. Se acordó de nuestros vacíos vasos y los volvió a colmar de whisky.

—Es estupendo —dijo—. Ha sido una noche de suerte. El destino nos ha unido. ¿Qué piensas hacer?

—Me han hablado de Marsella y Londres. ¿Qué te parece?

—Creo que del Prat hay vuelo diario con Marsella.

Nos estrechamos las manos y quedamos para el día siguiente encontrarnos en el aeropuerto.

*

Frente a La Canebiére, en la terraza de un café cerca del puerto Vieux, dos días más tarde, pregunte a Pablo:

—¿Cómo es Dunigan tu apellido?

—Es una vieja historia. Mi abuelo llegó con las Brigadas y se quedó al terminar la guerra. Se casó y un día desapareció. Su único hijo me obligó a estudiar inglés, quizá pensando que algún día el abuelo regresaría.

—No me habías hablado de tus padres —dije.

—Murieron hace cinco años, en un accidente. Al poco tiempo me llamaron para el servicio militar y solicité el ingreso en las compañías especiales. Aquel año se recrudeció la crisis energética. Pensé que al licenciarme las cosas estarían mejores. Pero ya sabes que después del 81 se estancaron.

Terminé de beber el café. Con la mirada perdida en el puerto, dije:

—Hablé esta mañana con un argelino. Parece que hace unos meses estuvo aquí un grupo de árabes contratando mercenarios con destino a los emiratos del Golfo, pero se marcharon. La policía francesa está actuando y nadie se fía.

Pablo resopló.

—Creí que esto sería más fácil en Marsella.

Desdobló un ejemplar del *Sun.* Era de fecha del día anterior. Me lo puso delante de los ojos y señaló un lugar. Se trataba de un anuncio. Lo leí. Decía:

OFRECEMOS MAGNIFICAS OPORTUNIDADES A HOMBRES DECIDIDOS, CON EXPERIENCIA. SERVICIO MILITAR CUMPLIDO IMPRESCINDIBLE.
CONTRATO PARA CUATRO O CINCO AÑOS. SALARIOS ALTOS Y ABONABLES EN CUALQUIER DIVISA. PREFERIBLES SIN FAMILIA.

—Es sugestivo —admití—. Pero nada concreto.

—La dirección está en Londres. Hay un número de teléfono. No nos costaría mucho llamar. Quizá unos veinte o treinta francos.

—Más o menos, si la conversación es corta.

Regresamos al hotel y yo mismo pedí la conferencia. No había ningún tipo de demora y en seguida una voz me preguntó en inglés quién era.

Expliqué que había leído el anuncio en el *Sun,* que estaba en Marsella y pedía datos más concretos.

Me respondieron que por teléfono sólo podían limitarse a la redacción del anuncio, pero que en Londres podrían darnos una cita y todos los detalles.

Le di las gracias y colgué. Entonces me di cuenta que yo había

estado hablando en singular y la respuesta era para varias personas. No lo comenté con Pablo. Tal vez era costumbre de la persona que me atendió. Curiosamente, no estaba seguro si se trataba de un hombre o una mujer.

Miré a Pablo, sentado junto a la ventana y fumando.

—Aquí sólo estamos perdiendo el tiempo —dijo—. Vayamos a Londres.

—Y nos quedaremos casi sin dinero.

—Nos lo gastaríamos aquí, de todas formas.

Asentí. Conocía Londres y allí tenía amigos. Si el anuncio era una farsa que sólo ocultaba algún tipo de trabajo vulgar, siempre podíamos colocarnos en el Underground. Allí aceptaban a cualquier tipo de extranjeros. Los ingleses no lo estaban pasando tan mal gracias a su petróleo del Mar del Norte.

Los dos estábamos ansiosos por abandonar Francia. En Marsella se respiraba mal ambiente, existían demasiados africanos y los incidentes se extendían por toda la ciudad. La policía miraba con malos ojos a los extranjeros. De cualquier nacionalidad.

*

Salir de Francia no resultó fácil. Para economizar practicamos el auto-stop. Dos hombres solos, hablando mal francés, no tienen muchas oportunidades en la carretera. La lógica desconfianza de los privilegiados franceses con gasolina en sus turismos nos hubiera dejado en la cuneta por siglos. En una estación de servicio, propiedad de un compatriota de Pablo, tuvimos la suerte que éste convenciera a un camionero para que nos llevara al Norte. Nos hizo el favor a cambio de unos francos.

Fue un viaje desastroso. El camión era incómodo y uno de nosotros siempre tenía que estar oculto para no llamar la atención de los policías de tráfico.

Después de tres interminables días logramos embarcar en el transbordador rumbo a Dover. La policía británica no nos recibió con mucha complacencia. Visaron nuestros pasaportes por tres semanas, en lugar de los usuales tres meses, y eso fue después de mostrarles que disponíamos de algún dinero. Aunque les dijimos que habíamos llegado a su preciada isla por motivos turísticos dudo que nos creyeran.

En tren llegamos a Londres. Era ya de noche y buscamos una pensión barata en Watford. Después de cenar frugalmente en un pub nos acostamos terriblemente cansados.

A primera hora de la mañana nos encaminamos a la dirección. Pablo aún conservaba el *Sun* de la semana anterior con el anuncio.

Tomamos el metro y después de cambiar de tren en cuatro ocasiones bajamos en la estación de Vauxhall. Desde allí, caminando, nos dirigimos al número 123 de Kennington Park Road, la dirección del anuncio.

Era una casa típicamente inglesa, con su pórtico de columnas al que se llegaba después de subir cuatro escalones. Llamamos a la cerrada puerta y nos miramos, como preguntándonos si no habíamos perdido tiempo y dinero dejándonos llevar por un presentimiento.

Nos abrió la puerta una mujer. Al principio no pudimos verla bien debido a la penumbra. Era alta, delgada y llevaba gafas amplias. Con un gesto nos preguntó qué queríamos.

—Hace cuatro días llamamos desde Marsella referente a este anuncio —dijo Pablo mostrando el ajado periódico—. Nos dijeron que personalmente nos darían más detalles.

—Pasen —fue la contestación lacónica de la mujer.

Nos condujo a una habitación y nos hizo sentar ante una pequeña mesa de despacho. Ella se acomodó al otro lado. Encendió una lámpara y entonces me percaté que no se trataba de una mujer madura, sino que era joven e incluso parecía bonita pese a sus ropas severas y poco cuidado en su persona.

Nos preguntó por nuestros hombres y entonces se presentó.

—Soy Victoria Cardigan. Les recuerdo. Yo hablé con uno de ustedes por teléfono. Debí haberles advertido que estamos a punto de cerrar esta oficina. Exactamente, nos marcharemos mañana.

—¿Quiere decir que el anuncio ya no tiene ningún valor? —pregunté un poco alarmado.

—No exactamente. Aún está en vigor. Pero nos marchamos de la ciudad. Sus pasaportes, por favor.

Se los entregamos y ella los estudió cuidadosamente. Creo que no dejó ningún rincón por examinar.

—Neozelandés y español. Bien. ¿Tienen experiencia militar?

Aquella pregunta nos hizo sonreír. Parecía que estábamos por buen camino. Primero Pablo y luego yo, le contamos nuestras experiencias. Claro que inflamos la parte buena y reducimos hasta lo posible la negativa. Ella nos escuchaba en silencio, mientras tomaba notas en una caligrafía rápida y extraña.

—Creo que están en un error, caballeros —dijo cuando nosotros callamos—. Nosotros no buscamos aventureros ni vulgares mercenarios.

Fue un jarro de agua fría. Un poco violentamente, pregunté:

—¿Qué necesitan realmente?

—Es para algo más que matar aborígenes en África o rebeldes en América u Oriente medio. —Nos miró fijamente a través de sus gafas, que por primera vez pensé que no estaban graduadas—. Queremos

personas decididas a todo, a no hacer preguntas inútiles, a ver y callar.

—Y a matar, ¿no? —preguntó Pablo irónicamente.

—Es posible que tengan que hacerlo, pero llegado el momento no sentirán escrúpulos de ninguna clase.

—Somos los que necesitan —dije enfáticamente—. No dejamos detrás ninguna responsabilidad civil. Tenemos experiencia militar y conocemos el manejo de las armas. Usted puede llamarlos mercenarios o expertos, como le guste, pero estamos seguros que serviremos.

Después de un breve silencio, se levantó y nos pidió que aguardásemos unos minutos. Se marchó de la habitación cerrando la puerta.

Pablo me dijo rápidamente:

—Aunque haya estado escribiendo, estoy seguro que está grabando la conversación.

—Yo diría que alguien nos está escuchando desde otra habitación de la casa. Y ella está preguntándole si nos contrata o no.

—Toman muchas precauciones. Y ya oíste que se marchan mañana.

Asentí.

—Esta gente nunca está demasiado tiempo en el mismo sitio. Cuando transcurren unos días, las autoridades comienzan a sospechar de sus verdaderas actividades e intervienen.

Callamos porque Victoria volvió. Se permitió una leve sonrisa y nos dijo:

—Creo que podemos darles una oportunidad. Un mínimo de cuatro años si pasan el examen médico.

—¿Qué hay de la paga? —preguntó Pablo adoptando una actitud dura.

—Percibirán diez mil libras o el equivalente en cualquier moneda que elijan.

—¿Diez mil libras por cuatro años? Está desvariando, señorita…

—Mensuales. Al cabo de cuatro años serán 480.000 libras de salarios, además de una gratificación de cien mil libras si su comportamiento, a juicio de sus superiores, rebasa un mínimo exigido. A cuenta se les entregarán cien libras a cada uno, que serán suyas aunque no pasen el examen médico.

Nos extendió unos contratos. Tenían más de cinco páginas y nos mostró el lugar donde debíamos firmar. Cuando comencé a leerlo, me dijo sonriente:

—Podrá estudiarlo más tarde. Uno de sus apartados dice que puede renunciar sin ningún problema en el plazo de diez días.

Firmamos y pregunté cuando ella guardaba una de las copias:

—¿Dónde vamos?

—Su destino y cometido es secreto por el momento. Se les informará oportunamente.

Nos hizo un gesto invitándonos a salir. Pensamos que nos despediríamos de ella en la puerta, donde nos entregaría las cien libras prometidas y nos diría cuándo volveríamos a ver-nos.

Pero ella salió con nosotros y cerró la puerta con llave. Se dirigió hacia un coche estacionado delante de la casa.

—Vamos —nos dijo abriendo la puerta trasera. Al volante estaba sentado un individuo silencioso que no se volvió para mirarnos.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó Pablo.

—Acabamos de cerrar la oficina de contratación porque con ustedes hemos cubierto el cupo establecido. Ahora emprendemos el viaje. Serán reconocidos por nuestros equipos médicos hoy mismo —extrajo unos billetes de su bolso y nos los entregó—. Creo que estaban esperando esto.

En aquel momento el chófer se volvió y su cara de pocos amigos nos terminó de decidir a entrar en el coche.

CAPITULO II

Victoria apenas se limitó a contestar a nuestras preguntas durante el viaje. Respondió con monosílabos y evadió la mayor parte de nuestros interrogantes. Cuando Pablo sugirió que deseaba su paga en francos suizos en un Banco de Basilea, ella lo anotó. Yo pedí el dinero en dólares australianos y depositados en un Banco de Sidney. Siempre he soñado con una granja en el continente. Allí aún quedan posibilidades para una vida apacible.

De soslayo fui mirando el cuentamillas. Cuando el enorme coche negro salió de la carretera y se introdujo en una finca cercada, habíamos recorrido más de cuarenta millas. Londres había quedado muy atrás. Entonces Pablo recordó nuestros equipajes.

—No lo necesitarán —respondió Victoria—. Supongo que sus pertenencias no valdrán demasiado dinero. Si insisten podemos traérselos...

Le dimos la dirección de la pensión y ella prometió que al .día siguiente tendríamos nuestras maletas.

—Me habría gustado pasar una noche en el Soho —comenté.

—Lo siento. Sus servicios han comenzado ya. Si les sirve de consuelo, desde este momento han comenzado a ganar su sueldo. Sólo se interrumpirá en caso que los médicos les rechacen.

Se detuvo el coche delante de una casa grande y antigua, pero bien cuidada. Si la compañía la había alquilado debían pagar un alto alquiler por ella. Yo dudé que fuera de su propiedad.

Más allá de la casa había un prado extenso, lo suficiente para que una avioneta pudiera aterrizar. Al fondo había un cobertizo amplio, como un hangar.

Antes de entrar en la casa creí distinguir sobre el césped las huellas de ruedas de avión. Victoria nos introdujo en el vestíbulo. Frente a nosotros había una ancha escalera alfombrada.

—Peter les enseñará sus habitaciones —dijo Victoria. Se había quitado las feas gafas y descubrimos unos ojos grandes y muy bonitos. Parecía ganar en belleza por momentos—. Pueden asearse. Les espero para almorzar dentro de media hora. Después serán examinados.

El chófer, Peter, nos condujo al piso de arriba. No hablaba y nos señaló las habitaciones, retirándose por el pasillo. Juntos inspeccionamos los dormitorios. Cada uno tenía su cuarto de baño completo, eran amplios y sus muebles Victorianos, muy caros.

—Algún lord arruinado ha debido alquilarles la mansión —dijo Pablo antes de retirarse a su habitación.

Tomé una ducha y eché de menos una camisa limpia. Recordé

novelas de misterio y abrí los armarios, esperando hallarlos llenos de ropa a mi medida. Me llevé un chasco. Estaban desoladoramente vacíos.

Cuando bajé ya estaba Pablo en el comedor, tomando un whisky en compañía de Victoria. Al principio creí que se trataba de otra mujer, pero era ella. El vestido era atractivo y la hacía muy hermosa. La desnudé con la mirada y ella me respondió desafiante, con sus profundos ojos. No pude evitar una perturbación interna.

Peter era un hombre para todo. Nos sirvió una comida sencilla, pero bien condimentada. Tal vez algo carente de sal. Pero el vino resultó magnífico, y también el coñac final.

—Antes dijo que nosotros completábamos el cupo de reclutas —dije—. ¿Dónde están los demás?

—Se marcharon ayer.

—¿En avión?

Victoria me miró algo inquieta. Luego, sonriendo, dijo:

—Es usted observador. Se ha dado cuenta de la pista de aterrizaje.

—Era muy visible. Me gustaría saber dónde estaremos mañana.

—Creo que puedo dejarles tranquilos diciéndoles que iremos al Norte, a Escocia.

—Me imagino que a un desolado paraje.

—Exacto. Allí recibirán un entrenamiento corto pero intensivo.

—¿Y luego?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy autorizada a decirles nada más.

Peter entró en el comedor e hizo una señal a Victoria que a nosotros no nos pasó por alto.

—Si están dispuestos para el examen médico...

Terminé de beber mi copa de coñac.

—Vamos —dije—. Cuanto antes, mejor.

Cruzamos el vestíbulo y fuimos al otro lado de la casa. Resultamos sorprendidos por las instalaciones que encontramos. Dos hombres ceñudos se hicieron cargo de nosotros. Hablaban con terrible acento alemán. Victoria se despidió con una sonrisa y nos dejó en manos de aquellos tipos, que en seguida nos pidieron que nos desnudáramos.

El examen fue concienzudo y duró más de dos horas. Nos observaron desde la uña del pie hasta los cabellos. Terminamos mareados y odiando a los dos alemanes. Creo que fueron más de media docena de inyecciones y algo como veinte píldoras las que nos hicieron ingerir. Mientras uno se dedicaba a llenar unos largos formularios, el otro nos dijo destempladamente que podíamos marcharnos. Casi nos sacó de la habitación desnudos, con nuestras ropas en las manos formando un montón.

Victoria nos esperaba en el comedor. La mesa había sido retirada.

Irónica, nos miraba, mientras nosotros terminábamos de ponernos las camisas.

—Herr doktor Klaust dice que están en óptimas condiciones. Pablo Dunigan tienen una muela con caries, pero eso se lo arreglaremos en Escocia. No tiene mucha importancia.

—No toleraré que me la extraiga cualquier matasanos —protestó Pablo.

—Le pondremos otra de oro —rió Victoria—. Tengo que decirles que mientras estaban con los doctores he recibido instrucciones. Tenemos que partir esta misma tarde para Escocia.

Arrugué el ceño.

—¿No parece todo un poco precipitado?

—No puedo opinar. Son órdenes. Si lo desean pueden descansar hasta las cinco y media.

Nos sentamos y saqué cigarrillos. Ella los miró con desdén.

—Deberán olvidarse de ese vicio, señores.

Encendí desafiante un cigarrillo. Hasta proyecté el humo hacia su rostro.

—Pues no pienso dejarlo —afirmé.

Lamenté en seguida haber sido tan incorrecto. Victoria se levantó y se marchó. No volvió con nosotros hasta dos horas más tarde, para decirnos que la avioneta nos estaba esperando.

*

Protesté porque nuestro equipaje no había llegado. Victoria nos respondió que no lo íbamos a necesitar en unos días, pero que tal vez nos lo mandarían al Norte en una semana o menos.

Peter no subió a la avioneta, pero me alegré cuando Victoria ocupó un asiento, de los seis que había, delante de mí. Ella habló con el piloto unos instantes en un idioma que no logré identificar, aunque me pareció ruso.

Anochecía cuando levantamos el vuelo. Pablo y yo intentamos varias veces entablar conversación con Victoria, pero ella no parecía muy dispuesta al dialogo. Así, nos encogimos de hombros y después de mirarnos desalentados, nos dedicamos a mirar por las ventanillas. Pero la noche llegaba rápidamente y pronto comenzamos a aburrirnos.

Sólo entonces, paradójicamente, empecé a sentirme un poco inquieto. Todo aquello era demasiado extraño. Ciertamente me habían hablado mucho, y leído también, de las organizaciones encargadas de reclutar mercenarios para luchar en cualquier parte de este mundo cada vez más hostil y duro; pero la actuación de aquel grupo era excesivamente misteriosa. Por supuesto que tenían que

andarse con cuidado, ya que las autoridades de cualquier país europeo occidental no querían problemas y las perseguían.

Si me hubiera dicho en aquel instante cuál iba a ser nuestro destino se me hubieran disipado las incertidumbres que iban aumentando paulatinamente.

Una vez Victoria nos dio café que sacó de un enorme termo. Bebimos los tres. El piloto no lo hizo. Ni siquiera ella se lo ofreció.

Una hora después de partir, el avión comenzó a perder altura, incorporándome un poco descubrí unas líneas paralelas de luces delante de nosotros. Unos segundos después las ruedas tomaron contacto y el aparato terminó frenando a poca distancia de unas barracas de las que salían luces por sus ventanas.

Bajamos y Victoria nos indicó que la siguiéramos hacia la barraca. Nos abrió la puerta y nos hizo pasar.

Era como un barracón cuartelero. Habría como dos docenas de camas. Olía a limpio y todo estaba ordenado. Delante de cada cama había un arcón y junto a la cabecera, una alacena metálica.

—Usen esas dos camas —nos dijo Victoria indicándonos las del fondo—. Los lavabos están detrás de la puerta.

—¿Por qué ésas? —preguntó Pablo—. ¿Es que existen más inquilinos en este hotel?

—Son las únicas libres.

—¿Y dónde están los huéspedes?

—De maniobras. Esta noche dormirán fuera. Mañana les conocerán'. Serán sus compañeros durante algún tiempo.

Pablo soltó un gruñido.

—Vaya, creo que comienza la etapa dura. ¿Qué tal es el sargento mayor?

—Se lo presentaré mañana.

Vi que los ojos de Pablo se iluminaban.

—¿Así que usted se queda con nosotros? —preguntó.

—No exactamente con ustedes —rió ella—. Tengo aquí mi trabajo ahora. Les traerán comida. Duerman cuanto antes.

Se dirigió a la salida.

—¿Nos veremos mañana? —preguntó Pablo.

Victoria mostró una sonrisa que no supe catalogar. Podía ser irónica o divertida. O ambas cosas. Respondió:

—Digamos en otro momento.

Y se marchó.

No cerró la puerta tras ella. Fuera, el motor del avión terminó de apagarse. Escuchamos algunas voces masculinas, siempre en aquel idioma parecido al ruso que no podía identificar.

Nos dirigimos al fondo del barracón. Probamos las camas. Parecían cómodas. Luego entramos en los lavabos. Las duchas y todo

lo demás estaban pulcros. Descubrimos jabones, esponjas, montones de toallas, agua de colonia y máquinas de afeitar eléctricas y de hoja. En una alacena vimos otros objetos personales, guardados herméticamente en bolsas de plástico.

Vi que Pablo lo curioseaba todo con el ceño fruncido.

—Piensas lo mismo que yo —le dije.

—Si estás pensando que vamos a tener unos compañeros demasiado limpios, asquerosamente limpios, sí.

Nos lavamos un poco y regresamos al dormitorio. Alguien había estado allí, porque sobre una de las pequeñas mesas colocadas entre las hileras de camas, estaban dos bandejas con comida caliente. Era sencilla. Consomé, filetes, frutas y pan. Nos molestó que no hubiese vino o cerveza, sólo dos botellas de agua mineral.

Quien llevó la comida había entrado silenciosamente y se había marchado de igual forma. En el exterior no se escuchaba nada. El silencio era total. Me asomé a la puerta y no vi el avión. Las luces de la pista estaban apagadas. No había luna y no pude descubrir si al otro lado del llano había más edificaciones. Al menos no estaba encendida ninguna luz. Me pregunté qué estaría haciendo en aquellos momentos Victoria.

Me encogí de hombros y volví a la mesa. Pablo ya estaba comiendo y me uní a él. No tenía mucho apetito y apenas consumí la mitad de mi bandeja. Me pregunté si debíamos fregar los platos. Aquella gente parecía demasiado escrupulosa.

Encendimos cigarrillos y fui hasta mi cama. El arcón que me correspondía estaba vacío, igual que la alacena. Pablo miró en sus pertenencias y se volvió para mirarme, molesto, porque no disponía ni de un cepillo de dientes. Eché de menos mi pijama.

—Afortunadamente existe una buena calefacción —dijo Pablo mientras se quitaba la ropa y se metía en la cama.

Bostezó ruidosamente y entonces yo me di cuenta de que tenía un sueño enorme. Me deslicé sobre la cama. Estaba un poco irritado y arrojé la colilla al suelo. Al diablo con tanta limpieza, me dije. Y escupí.

Pablo estaba a mi lado y ya dormía. Parpadeé. Nunca le había conocido un sueño tan profundo.

Una idea golpeó mi mente y traté de sentarme en la cama. No pude hacerlo. Todo el cuerpo me pesaba. Había comido menos que Pablo, pensé. Tal vez por eso a mí el efecto del somnífero no era tan aplastante en mi organismo como... Pablo roncaba plácidamente.

Maldiciendo todo aquello, incluso a Victoria, lo único que pude sentir era que me sumergía en un sueño profundo.

*

Abrí los ojos torpemente.

Mis oídos debían estar aún entorpecidos por el profundo sueño, ya que el rumor de voces, aunque estaba muy cerca, parecía llegar de un kilómetro de distancia.

Nebulosamente observé que algunas personas caminaban delante de mi cama. Salían y entraban en los lavabos. Muchos hombres estaban desnudos y creí ver piel de todos los tonos. Y al decir de todos los tonos no me limito en describir las razas blanca, amarilla, negra y cobriza. También había un hombre de tono azul suave.

Cerré los ojos. No sé cuánto tiempo estuve así, pero cuando los volví a abrir, en el dormitorio no había nadie. Sólo Pablo seguía durmiendo en la cama vecina a la mía.

De los lavabos salía un profundo olor a jabones y el pasillo estaba húmedo. La profunda limpieza había dejado de existir.

Me levanté trabajosamente y zarandeé a Pablo. Me respondió con un quejido, abriendo apenas los ojos. Le grité y él me aseguró que se levantaría en seguida.

Después de una ducha bien caliente me sentí mejor. Al mirarme en un espejo observé, asombrado, que no tenía la menor necesidad de afeitarme. Entonces me percaté que ya no había ninguna navaja de afeitar o maquinilla eléctrica. El desorden era desolador. Toallas y ropas sucias estaban desperdigadas por todas partes, rechazándose olímpicamente los cubos destinados para ellas.

Tambaleante, Pablo se introdujo en una ducha. Me encogí de hombros y salí. Más tarde él estaría en condiciones de cambiar impresiones conmigo.

Después de vestirme me dirigí a la salida. Al abrir la puerta tuve aún tiempo de ver cómo un pelotón de hombres vestidos con uniformes de campaña color verde oliva se perdían por el bosque que comenzaba a unos cuarenta metros de la barraca.

Sonreí primero, pensando en la vieja costumbre de dejar a los reclutas dormir hasta bien tarde en su primer día de campamento. Claro que en seguida mi sonrisa se esfumó.

Miré de nuevo al exterior y tuve que parpadear varias veces para convencerme que no seguía soñando.

Cuando Pablo se reunió conmigo, más despejado, yo debía mantener aún una mirada de total cretinidad que debió asustarle.

Claro que apenas un segundo más tarde, él estaba tan anonadado como yo.

CAPITULO III

Paseamos sobre la tierra batida por millares de rudas pisadas que había delante de la barraca.

—Sí, no hay duda —dije mirando a Pablo—. Aquí estaba anoche el descampado que sirvió para que el avión aterrizara. Y no queda ni el menor rastro de las balizas.

—Y ese bosque no estaba tan cerca —dijo Pablo. Señaló hacia su derecha—. Me parece que tampoco existían esas construcciones.

Asentí. Eran unas extrañas edificaciones de una sola planta y parecían estar construidas en hormigón. No tenían ventanas y sus puertas eran pequeñas y de acero. Una vez vimos salir un hombre, que pareció observarnos un instante. Volvió a entrar y ya no salió.

Rodeamos el barracón de madera. Recordé que al entrar la noche anterior me rocé con el marco de la puerta, precisamente en un sitio donde la pintura aún estaba fresca debido a un goterón. La ducha que acababa de tomar había casi borrado el resto de pintura que no salió al lavarme las manos antes de la cena, pero aún quedaba un leve rastro.

Y ahora la pintura del barracón se veía vieja y cuarteada, ¡pero de color anaranjado!

De regreso al calvero, Pablo insistía:

—Debían estar señaladas las ruedas, aunque hayan quitado las luces de posición durante la noche. Era un avión pesado.

—Me pregunto cuándo darán aquí de desayunar —dije echando de menos una humeante taza de café, huevos fritos y bacon.

Escuchamos sordos ruidos de motores. Unos raros y alargados vehículos se acercaron a las casas de cemento. Las puertas se abrieron y salieron dos o tres docenas de hombres, que subieron a los camiones.

Comenzamos a caminar hacia allí, pero antes que hubiéramos cubierto la mitad del camino, se pusieron en marcha y desaparecieron por un estrecho sendero del bosque.

Les seguimos durante unos metros. Pablo incluso les gritó. Cuando desaparecieron de nuestra vista, nos sentimos solos y desamparados. La mañana era fresca y el cielo gris plomizo amenazaba lluvia.

—Snell, Dunigan —nos gritó una voz a nuestras espaldas.

Nos volvimos. Victoria caminaba hacia nosotros. Estaba muy bonita aquella mañana, pese a su feo traje oscuro. Ella merecía unos pantalones ajustados y no aquellos tan holgados. Llevaba una carpeta en la mano.

—Buenos días, señores —nos dijo—. ¿Se encuentran bien?

—Todo lo que cabe —dije—. Después de calmar nuestro apetito me gustaría hacerle unas preguntas. Parece que llevo un siglo sin probar bocado.

—No tanto —rió Victoria—. Vengan conmigo. No esperábamos que despertaran tan pronto, pero en mi cabina aún me queda algo de café.

Nos condujo a las construcciones de cemento. Cruzamos la pequeña puerta, incluso teniéndonos que agachar. Anduvimos por unos corredores estrechos, flanqueados de puertas también de acero. Victoria se detuvo en una y la abrió. Era una habitación de cuatro metros por seis. La cama, que parecía ser la de Victoria, estaba plegada contra la pared. Había una pequeña cocina, una mesa, cuatro sillas y un armario cerrado.

Nos sirvió café de un termo. Estaba amargo y ella confesó que no disponía de azúcar. Pero nos abrió una caja con galletas. Seguí echando en falta los huevos fritos con bacon.

—¿En dónde estamos, señorita Cardigan? —pregunté después de apurar el último sorbo de café.

—Se han dado cuenta muy pronto que algo está cambiado —repuso ella tranquilamente.

—Son muchas cosas. Estas casas no estaban anoche, el barracón estaba recién pintado de verde y ahora su pintura es vieja y anaranjada. Además, falta la pista de aterrizaje con sus señales.

—¿Algún detalle más? —preguntó ella un poco desencantada.

—Quedan muchos más. Le he contado los importantes.

—Están en el norte de Escocia, por supuesto.

—Pero nos han trasladado a otra parte mientras dormíamos, ¿no?

Pablo depositó su taza sobre la mesa haciendo un seco ruido. Le miré.

—Abe —me dijo—, me temo que has formulado mal la pregunta a la señorita Cardigan.

—Explícate.

—Debiste preguntarle en que tiempo estamos. No nos han movido del sitio, sino a través del tiempo.

—Estás lo… —empecé a decirle, pero me callé al mirar a Victoria y comprobar que ella seguía imperturbable—. Sería una explicación, pero demasiado fantástica. No sabía que te gustara tanto la ciencia ficción, Pablo.

—Pablo tiene razón, Abe —dijo Victoria—. A otros se lo tenemos que decir, e incluso insistirles para convencerlos. Ustedes son de los pocos que se han dado cuenta en el primer instante.

—¿Entonces admite que estamos en el mismo lugar pero en otro tiempo? ¿Pasado o futuro?

—En el pasado. No hay seres humanos en trescientos kilómetros a

la redonda. Aún tardarán algunos siglos en llegar del Norte.

—Eso quiere decir más de cuatro mil años.

—No tanto; pero es lo de menos ahora la exactitud. A finales del siglo veinte era ya difícil la recluta de mercenarios. Por lo tanto, su adiestramiento resultaba imposible de mantener oculto. Aquí nadie nos molesta.

Me registré los bolsillos y hallé un arrugado paquete con cigarrillos. Sólo había dos, que compartí con Pablo. Victoria nos miró con desaprobación mientras los encendíamos.

—Serán los últimos que fumen. Se los dejé porque pensé que les sentaría bien en un momento como éste.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté, un poco más sereno gracias al tabaco.

—Siguen siendo mercenarios, es obvio. El contrato se respetará escrupulosamente. .

—Debieron habernos advertido...

—¿Lo creen de verdad? —nos preguntó con una irónica sonrisa flotando en sus bonitos labios—, ¿Qué me hubiesen respondido en el Londres del siglo XX si les hubiera dicho que estarían hoy tres milenios y pico en el pasado?

—Tiene razón. Habríamos pensado que estaba loca. Realmente las pruebas, no son concluyentes. Sería más fácil pensar que anoche nos drogaron y nos llevaron a otro lugar.

—Pero el sitio es el mismo, sólo que algo ha cambiado. En nuestra época el bosque no era tan denso ni existían estas casas —dijo Pablo.

—Claro. Son parecidas, nada más. Ahora hay cinco casas de hormigón y el barracón dormitorio —explicó Victoria—. En el siglo XXI se construyeron sólo una casa de hormigón y un barracón idéntico. Por supuesto estas construcciones fueron, o mejor dicho lo serán, derruidas dentro de unos años.

—Pero sin embargo, ustedes han intentado que los mercenarios no noten la diferencia, ¿no?

,—Exactamente. En este tiempo y en estas instalaciones sufren un examen más profundo. El que pasaron en las afueras de Londres era muy simple. Ahora estamos convencidos que serán buenos soldados.

—¿Es que vamos a combatir contra salvajes en esta época?

—No, desde luego. Sólo serán instruidos.

—¿Dónde combatiremos?

—En el futuro de su propio tiempo.

—¿Por qué no especifica? —pregunté.

—No puedo hacerlo. Sólo les diré que bastante en el futuro.

—Buscan soldados en el pasado para combatir en su tiempo, que es nuestro futuro —dijo Pablo moviendo la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Es que en su tiempo no quedan hombres con

agallas?

Ella movió dubitativamente la cabeza.

—Preferiría no contestar a eso por ahora.

—Y nosotros podemos pensar que nunca volveremos a nuestro tiempo una vez que cumplamos nuestro contrato.

—Nadie piensa en eliminarles. Muchos hombres que nos han servido viven ahora en sus respectivos tiempos, gastando el dinero que ganaron.

—No puedo creerlo. ¿Es que nadie habló?

—¿Contar que estuvieron en el futuro luchando a sueldo? —Victoria sonrió—. Cuando lo piense detenidamente llegará a la conclusión que ustedes tampoco hablarán cuando regresen. Los tomarían por locos. Además, muchos hombres provienen de tiempos anteriores a los suyos. Los reclutamos a partir de mediados del siglo XIX.

—¿Por qué no antes?

—No están las mentes capacitadas para asimilar la realidad, y tampoco conocen suficientemente el arte de la guerra moderna. A finales del siglo XIX los hombres ya tenían un concepto distinto de la guerra. Con nuestras enseñanzas terminaban convirtiéndose en eficaces guerreros del futuro.

—Pero en mi época existe un criterio más rápido, capaz de admitir cualquier tipo de fantasía —dije, aunque no estaba realmente muy convencido—. Creo que si escribo un libro alguien me creerá.

—Sólo un editor de ciencia ficción se lo publicaría. Olvídese de ese tema, señor Snell —me rogó Victoria.

—¿Nos devolverían a nuestro tiempo si lo pidiésemos ahora?

—Claro que sí. Pero perderían el dinero ganado hasta el momento. Unas diez mil libras, creo. Les dejaríamos en las afueras de Londres sin un penique. ¿De veras lo desean?

Miré a Pablo. Mi joven amigo tenía un particular brillo en sus ojos. Aunque aún podíamos tener nuestras dudas que todo lo que decía Victoria fuera verdad, la posibilidad de estar viajando en el tiempo era algo muy atractivo.

—Wells ya escribió una obra sobre la máquina del tiempo —dije—. ¿Es tan sencillo como lo pensó? ¿Algo fabricado con alambres y metales bruñidos?

—Nada de eso. Usamos una especie de puertas. Mantenerlas es poco costoso, cada vez que se usa el consumo de energía es enorme.

—Creí que en el futuro habrían resuelto el problema energético…

—Sigue subsistiendo —el rostro de ella se ensombreció—. Fue en este mismo sitio, pero en el siglo XX, cuando nuestro equipo, una vez que ustedes fueron drogados, dictó el informe definitivo, aceptándolos como mercenarios tras pasar las revisiones exigidas. Sólo entonces los

trasladamos al pasado, aquí.

Victoria consultó la hora. En su muñeca lucía un cronómetro de oro que me pareció muy de mi época. Pareció nerviosa cuando dijo:

—Mis compañeros están a punto de regresar de las maniobras. Será mejor que regresen al barracón y no digan que han hablado conmigo. Cuando su instructor les diga que están en el pasado e irán a combatir en el futuro, muéstrense todo lo asombrados que puedan.

La miramos sorprendidos.

—Había pensado que éste era parte de su trabajo —dije, y al negar ella con la cabeza, añadí—: ¿Por qué nos ha dedicado estos minutos?

—Porque quiero que se esfuercen por pasar el último tramo de su educación militar. Les necesito en el futuro, en mi tiempo.

Ella hizo intención de levantarse y yo la sujeté a la silla, agarrándola de una mano. Duramente, le dije:

—Explíquese. Estoy cansado de tantas evasiones.

—Vayan saliendo y se lo diré.

La obedecimos. Por el pasillo, Victoria, cada vez más nerviosa, nos dijo:

—Les he estudiado detenidamente y sé que puedo confiar en ustedes. Les necesitaré en mi tiempo, cuando estén actuando. No se fíen de nadie, de ninguno de sus nuevos compañeros. Sólo esperen a que yo me ponga en contacto con ustedes otra vez.

—¿La volveremos a ver pronto? —preguntó Pablo.

—En algún tiempo, no. Regreso a mi época, a donde ustedes serán enviados dentro de unas semanas. Por ahora hemos terminado el reclutamiento.

Nos miró a los ojos. Estábamos en el exterior. En un impulso, nos estrechó las manos y echó a correr en dirección a otra de aquellas feas casas de hormigón. Desapareció detrás de una puerta de acero.

Muy despacio regresamos al barracón. Cuando estábamos llegando a la entrada, escuchamos ruidos procedentes del bosque. Nos volvimos y observamos cómo una columna de hombres regresaba. Parecían cansados. Al frente iba un hombre alto, corpulento. Nos vio en seguida.

Mientras la columna pasaba delante de nosotros y sus componentes entraban en el barracón, sin mirarnos, el hombre que la mandaba se plantó frente a nosotros, mirándonos curiosamente.

—Soy el sargento Rogers. Su sargento, muchachos. Y tengo que convertirlos en buenos soldados en muy poco tiempo —hizo una señal a los últimos hombres que entraban en el barracón—. Con ellos llevo trabajando ya unos días. Ustedes han sido los últimos en llegar. Confío que pondrán de su parte lo posible para nivelarse con sus compañeros.

Asentimos en silencio. Aquel sargento parecía ser de nuestra

época. Tenía un profundo acento alemán y me pregunté si habría servido en el ejército que Hitler mandó contra Europa.

Otros hombres se acercaron indolentemente a nosotros. Vestían los uniformes verde oliva y llevaban unos distintivos extraños. Parecían instructores, como el sargento Rogers. Seguro que aquel nombre era falso. Uno gritó al sargento:

—Eh, Klaus, los trajes acaban de llegar.

Klaus Rogers sonrió y mostró su dentadura llena de dientes artificiales de oro. Nos miró sardónicamente.

—Entren y descansen un rato. Esta misma tarde empezarán a saber lo que es bueno. Si antes estuvieron en un campamento militar, piensen que aquel fue un hogar para exploradores.

El sargento nos volvió la espalda y se unió al grupo de instructores. Nosotros entramos en el barracón, dispuestos a conocer a nuestros nuevos compañeros, siempre recordando la advertencia de Victoria de no intimar con ninguno de ellos.

Pronto llegamos a la conclusión que lo difícil hubiera sido hacer amistad con alguno de ellos.

CAPITULO IV

En el barracón vivíamos ochenta hombres. Nunca vi a más de dos charlar entre sí. Existía un hosco silencio y desconfianza dentro. Casi todas las razas y nacionalidades estaban allí representadas, pero el único lazo que nos unía era el idioma. Todos, aunque no fuera su lengua nativa, hablaban inglés. Aquel indicio me hizo pensar, pero decidí archivar el dato para más adelante.

Nadie nos preguntó nada, ni se extrañó ante nuestra presencia. En los momentos de descanso se limitaban a dormir o leer unos libros, que cuando nos entregaron los nuestros supimos que se trataban de textos explicativos de nuestras nuevas armas, sistemas de lucha y otros capítulos más.

Aquella misma tarde nos hicieron formar. A Pablo y a mí nos entregaron uniformes de campaña y unas botas que antes de ponérnoslas nos hizo temer que no podríamos caminar con ellas. Luego resultaron ser muy ligeras y cómodas, pese a su aparatosa forma.

Otro sargento nos condujo ante una de las construcciones de hormigón. En hilera de a uno nos introdujo por una de las bajas puertas de acero. Después de cruzar un estrecho corredor, nos hizo entrar en una habitación amplia. Al fondo estaba el sargento Rogers y varios instructores más, y detrás de ellos, un montón de cajas metálicas.

—A medida que les vaya nombrando, acérquense.

Fuimos los últimos en ser llamados. Sólo notamos que a cada mercenario le entregaban una caja y con ella se retiraba, abriéndola y sacando de ella lo que parecía ser un traje de buzo extraño.

El sargento Rogers nos entregó nuestras cajas.

—Ayer expliqué lo que tenían que hacer con los trajes —nos dijo molesto—. Pero estaban aún dormidos. Tendré que decirles lo que tienen que hacer. Desnúdense, vamos.

Al decir que nos debíamos desnudar era que teníamos que quedarnos totalmente desnudos. Así estaban todos los demás, que ya estaban embutiéndose los aparentemente pesados trajes.

Sin ni siquiera nuestros relojes, el sargento nos fue diciendo cómo teníamos que ponernos aquellas armaduras.

Era lo que parecían al principio; pesadas armaduras. Pero una vez vestidos con ellas las encontramos ligeras, como si apenas pesaran escasamente dos kilos, Y podíamos movernos fácilmente. Estaban fabricadas delicadamente. Las articulaciones eran perfectas. Bueno, también habíamos conservado las botas, que se ajustaban a las

perneras.

Recogimos nuestras ropas de campaña, nos hicieron formar y salimos al exterior. Pasamos por delante de la barraca y allí dejamos los hatos, de cualquier forma. Temí que al recogerlos se iba a formar un lío tremendo, al no saber nadie cuál era su montón de ropas.

Los instructores nos hicieron formar un amplio semicírculo. Ellos se colocaron en el espacio abierto y Rogers se adelantó unos pasos. Observamos que llevaba una extraña arma en las manos, que brillaba ligeramente.

—Todos vosotros, excepto los dos últimos que llegaron ayer, conocéis esta arma. Los que vieron anteriormente sus efectos palidecieron. Yo les dije entonces que no debían temer nada, que se les daría las defensas precisas para estar siempre por encima del nivel operativo del enemigo.

Pareció mirarnos a Pablo y a mí por un segundo. Dijo:

—Creo preciso una nueva demostración —se volvió y apuntó contra un árbol solitario que estaba a unos cuarenta metros.

Rogers disparó y el árbol fue envuelto por un destello dorado. Hubo un ligero chisporroteo y el árbol desapareció.

Deglutí con dificultad. Nunca había visto nada parecido. A mi lado, Pablo susurró algo que no entendí muy bien, como si pensase que con aquellas armas los enterradores no iban a tener mucho trabajo en la guerra que nos esperaba.

Mis demás compañeros siguieron las explicaciones imperturbables. Entonces noté que el sargento me señalaba con su dedo.

—Acérquese. Creo recordar que se llama Snell. Venga aquí, Snell.

Los sargentos instructores suelen ser personas muy extrañas. Sin conocer los motivos, siempre encuentran entre los reclutas los que han de ser blanco de su bilis. Mientras me dirigía hacia Klaus pensé que yo era el elegido. Desde el primer momento que me vio no debía resultarle simpático. En aquel instante me habría gustado conocer el motivo.

—Póngase allí —me dijo Rogers señalándome un punto situado a veinte metros.

Me situé allí y pronto me percaté que detrás de mí no había nada, excepto el bosque. Pensé en lo peor.

Y mis temores se confirmaron cuando aquel repelente sargento, sonriendo como una hiena, alzó su rifle y me apuntó con él.

Estuve tentado de saltar y correr, pero en seguida pensé que era demasiado pronto para cargarse un recluta como yo, y sobre todo delante de tanta gente. Aunque aquel sargento estaría perfecto con un uniforme de la Gestapo, calculé que no se atrevería a eliminarme.

De todas formas cerré los ojos cuando Klaus disparó. Al tiempo que escuché un gemido de terror de Pablo, noté sobre mi acorazado

pecho un ligero golpe, una vibración luego y después un zumbido.

Seguía vivo y el sargento gritaba al resto de la tropa:

—Habéis visto cómo con este traje no debéis temer a los disparos de energía que pueden volatizar un roble —me miró, entre admirado y contrariado. Tal vez había confiado que yo echara a correr al verme apuntado—. Regresa a tu sitio, Snell. ¿Alguien tiene que hacerme alguna pregunta?

Yo caminaba de vuelta a mi puesto. Pasé muy cerca del sargento, me planté frente a él y formando una sonrisa burlona, pregunté:

—Usted tuvo la consideración de apuntarme al pecho, pero ¿qué habría pasado de haberme dado en la cabeza?

Me devolvió una mirada de hielo, resopló y respondió:

—Al equipo aún le falta el casco.

—Ahora estoy más tranquilo, señor —reforcé mi sonrisa y continué caminando.

La amistad en aquel campamento era algo raro, pero desde aquel momento noté que debía tener cuidado con el sargento Rogers. El tiempo que durase la instrucción sería mi más feroz enemigo.

Pablo y yo, una vez recuperadas nuestras ropas, regresamos al barracón. Allí nos deprendimos del traje de combate y lo examinamos cuidadosamente.

—Esos rifles disparan una fuerza de calor concentrado, capaz de desintegrar un árbol… o una persona, pero al parecer, estos trajes absorben la energía muy fácilmente —dije—. Si nuestros enemigos sólo nos opondrán armas como la que tenía el sargento, no creo que debamos temer mucho.

Pablo me miró intranquilo.

—No sé qué pensar. También pueden tener armaduras como estas.

Tenía razón y ya no vi el panorama tan alegre.

En pocos días nos pusimos al corriente de cuantas enseñanzas nos habíamos perdido. Nos despertábamos temprano y comenzábamos con ejercicios gimnásticos agotadores. Luego las luchas cuerpo a cuerpo y largas marchas, éstas ya siempre con los trajes de combate.

Una semana después nos entregaron los rifles de calor y nos enseñaron a desmontarlo y conocerlo perfectamente. Llegamos a tal perfección que con los ojos tapados podíamos armarlo. Las cargas eran diminutas cápsulas que se alojaban en la culata. Cada carga tenía energía para una hora de disparo continuo, lo que significaba que se podía luchar con un rifle, disparando descargas de un segundo, durante varias semanas.

Además nos enseñaron a caminar de noche gracias a unas lentes de rayos infrarrojos, a escuchar hasta la caída de una hoja a cien metros mediante unos potentes auriculares alojados en el casco que completaba el equipo de combate.

Luego nos enteramos que cada equipo estaba confeccionado a medida. Difícilmente hubiera podido yo ponerme el traje acorazado de Pablo. Dentro tenía uno que estar desnudo totalmente. Ni siquiera podía conservar el reloj de pulsera, que tuvimos que entregar en depósito.

Los trajes nos mantenían adecuadamente climatizados. Lo mismo nos refrigeraba durante el más caluroso ambiente que nos calentaba en las frías noches de la primitiva Escocia.

No volvimos a ver a Victoria más. Debió haberse marchado el mismo día que nos dedicó su tiempo para darnos consejos. Me pregunté si volveríamos a verla pronto. Pero ella había asegurado que sí.

Un día el sargento nos llamó a varios y nos explicó donde estábamos, a dónde iríamos y cual sería nuestro cometido. Fingimos sorpresa e hicimos algunas preguntas ridículas. Sólo queríamos conocer contra quién teníamos que combatir, pero Rogers eludió la pregunta hecha por Pablo de forma poco diplomática.

—Eso lo sabrán en el momento oportuno. Conocerán perfectamente cuáles serán sus enemigos.

—¿Es una guerra formal, señor? —pregunté.

Me dirigió una de sus miradas resentidas.

—No —dijo—. Se enfrentarán a enemigos cobardes y traicioneros. Pero nuestros jefes les dan los medios adecuados para salir con vida de la aventura.

—Sabemos los riesgos, señor —volví a tomar la palabra—. Somos conscientes que no se trata de un juego de niños, pero nos gustaría saber cuál es el porcentaje de soldados que logran retornar a su tiempo con vida.

—Bastante elevado —replicó. No tenía intención de contestar a más preguntas y nos mandó romper filas.

Cuando nos explicaron que nuestros trajes podían convertirse en una especie de unidad capaz de hacernos sobrevivir en un ambiente sin oxígeno gracias a los depósitos de aire comprimido que podíamos adosarnos a la espalda, nos quedamos con la incertidumbre de si teníamos que combatir en planetas hostiles o en el mismo espacio.

Pero nada nos habían explicado de naves espaciales.

Casi la mitad de nuestros hoscos compañeros de armas procedían de épocas anteriores a la nuestra. El resto estaban divididos en un lustro posterior a nuestra década y comienzos del siglo XXI. Casi todos eran centroeuropeos y una vez intenté contactar con ellos porque sentí curiosidad por saber cómo estaba el mundo veinte años después de mi tiempo.

Pero al parecer nadie tenía intención alguna de hablar de su propio tiempo. Tampoco nadie deseaba la amistad de ningún

desconocido. Si existían grupos de amigos, siempre compuestos por dos y en pocas ocasiones por tres, se apartaban de los demás, levantando un infranqueable muro.

Al cabo de cuatro semanas estábamos convenientemente mentalizados para la lucha y éramos unos perfectos conocedores de las armas que nos iban a confiar para vencer al enemigo y para lograr nuestra propia supervivencia.

El período de instrucción finalizó. Un oficial, al parecer superior en grado a Rogers, nos anunció una fría mañana que debíamos recoger nuestros equipos. Nos hicieron vestir con los trajes acorazados de combate y nos llevaron hasta una de las construcciones que hasta entonces había permanecido prohibida totalmente para nosotros.

Me imaginé que allí debía estar la máquina del tiempo, o el portal, según explicó Victoria. El pasillo era largo y gris. Nos obligaron a caminar separados más de un metro uno de otro. No pude estar cerca de Pablo y le vi alejarse. Tres mercenarios más se nos interpusieron.

Rogers corrió por el pasillo gritándonos que nos pusiéramos los cascos y utilizásemos el oxígeno de nuestros trajes. Luego se colocó delante de una puerta y nos fue empujando uno a uno con intervalos de treinta segundos.

Cuando me tocó mi turno no pude evitar sentir un extraño temor. Si verdaderamente iba a franquear conscientemente el umbral del tiempo, era algo que estaba dispuesto a saborearlo.

Luego me llevé un chasco fenomenal.

Me empujaron a un oscuro dintel, avancé unos metros por un pasadizo oscuro y luego surgí a la luz de nuevo. Allí me esperaba un hombre vistiendo un rutilante uniforme rojo y negro. Con un gesto me indicó el camino, un pasillo brillante en luz amarilla. Al fondo distinguí un hombre que llevaba un traje de combate como el mío.

Al principio me resistí en convencerme que el umbral del tiempo ya lo había cruzado y estaba en el futuro. Había sido todo tan sencillo que no podía creerlo.

Pero estaba en el futuro, a más de cinco siglos de mi presente. Eso lo sabría más tarde, pero en aquel momento no pude alejar de mi mente una profunda sensación de frustración.

*

Nuestro alojamiento resultó confortable, funcional. En seguida noté el aire producido por una climatización artificial. Las camas eran cómodas y todo el recinto destinado para la tropa era lujoso.

Pero los dormitorios estaban adecuados para treinta personas únicamente. No encontré a Pablo Dunigan, pese a buscarle durante un buen rato. Un hombre que lucía el uniforme rojo y negro me

respondió que posiblemente había sido instalado en otra unidad. Cuando le confié que deseaba ver a mi amigo me replicó con gesto alejado que por el momento no podía ser.

Nos entregaron aquellas ropas de opereta, que debíamos vestir siempre que no nos ordenasen que nos colocásemos las armaduras de combate. Tengo que reconocer que me gustaron. Se ajustaban perfectamente y poseían un grado de transpiración adecuada. Siempre noté que en las dependencias de la tropa el ambiente era un poco caliente.

Desde el primer momento intenté averiguar dónde estábamos. En los dos primeros días nos dejaron deambular libremente por lo que podía llamar cuartel, y no me equivoqué posteriormente. Sólo deduje que se trataba de un colosal edificio o estábamos debajo tierra. No llegué a ver la luz del sol y empecé a sentir un complejo agudo de claustrofobia.

El tercer día, cuando comenzaba a aburrirme, me topé con Pablo en un pasillo.

—He estado buscándote, chico —exclamé mientras le abrazaba.

Entonces noté la cara cansada de mi amigo. Tenía profundas ojeras y los hombros caídos.

—No me hubieses encontrado, Abe —replicó. Me condujo hasta un rincón del pasillo, donde no molestábamos el tránsito.

—Tienes mal aspecto...

—¿Cómo tengo que tenerlo? Apenas llegamos nos ordenaron ponernos las armaduras a todos los componentes de la unidad a la que fui incluido. Nuestros jefes son también hombres de nuestro siglo, pero parecen fieras. Deben llevar aquí muchos años, incluso con contratos renovados. Parece que les gusta esto...

—Están locos —mascullé—. No debieron haberos mandado tan pronto de misión. ¿Entrasteis en combate?

—Sí. Y fue horrible —Pablo movió las manos, como si se sintiera incapaz de explicarse—. Volvimos hoy mismo y he querido localizarte para ponerte al corriente que todo esto es mucho peor de lo que hemos podido imaginarnos. Horrible, Abe.

—Todas las guerras lo son. Eso lo sabíamos...

—Pero esto es diferente. Nos condujeron a unas naves, que metieron en unos enormes tubos. Creo que nos llevaron a otro planeta en cuestión de segundos. Además de las puertas para viajar por el tiempo parece que disponen de cosas parecidas para trasladarse a mundos lejanos. Llegamos a una ciudad sucia y vieja, enorme. Parecía haber una revuelta o algo parecido. Nos ordenaron por los comunicadores del casco que debíamos disparar contra todo lo que no llevara un equipo de guerra como el nuestro.

Le miré perplejo. Pablo hablaba rápidamente y sus ojos brillaban

asustados.

—Se disparó contra todo ser humano viviente. No importaba si era hombre o mujer, anciano o niño. ¡Y yo disparé, Abe!

—¿Disparaste contra gente que no estaba armada? No puedo creerlo...

—Y tú también lo harás, sí. Cuando comenzó la matanza algo extraño se abrió en mi mente y de repente dejé de ser yo, para convertirme en un ser inhumano, capaz de asesinar a sangre fría, e incluso sintiendo placer en ver caer por docenas a...

Se calló súbitamente. Los pasillos estallaron en órdenes secas. Nos decían que debíamos reintegrarnos a nuestros dormitorios inmediatamente. Era una orden dirigida a todas las unidades sin excepción.

Estreché las manos de Pablo.

—Nos volveremos a ver, amigo.

Me respondió con una sonrisa desvaída. No dijo una palabra. Se volvió y anduvo por el pasillo lentamente. Yo volví a mi dormitorio, siempre azuzado por las órdenes destempladas de los altavoces.

CAPITULO V

El estado de alarma en el cuartel duró todo el día. Algunas unidades debieron ser movilizadas, pero la mía no fue requerida. Al anochecer —sabíamos que era de noche porque las luces en los pasillos se atenuaban y la de los dormitorios las apagaban— llegó el sargento Rogers y revisó nuestro equipo. Nos dijo que podíamos descansar, que tal vez al día siguiente entraríamos en combate. No se fijó en mí. Se marchó tan serio como entró. Al parecer las cosas no marchaban muy bien.

Miró a mi vecino de cama. Era un italiano, y posiblemente de mi década, lo que presentí porque le escuché lanzar un comentario muy en boga entonces.

Se llamaba Luigi e intenté entablar conversación con él. Pero resultó inútil. Como todo el mundo, era introvertido y reservado. Su mirada mostraba una incomprensible desconfianza. Si en el campamento de Escocia aún existían grupos de dos o tres amigos, en el cuartel cada uno se aislaba de los demás.

¿Por qué yo en cambio tenía deseos de hablar, de cambiar impresiones?

Recordé una expresión de Pablo al referirme su primera incursión guerrera. Su relato había sido corto, pero explícito. No había sido enviado a una guerra, sino a una expedición punitiva.

Me quedé dormido y tuve extrañas pesadillas.

A pesar de lo que dijo el sargento, no nos movieron durante la siguiente semana. Aunque intenté volver a ver a Pablo no lo conseguí.

Para mantener las tropas ocupadas nos llevaron a los gimnasios. También nos permitieron la asistencia a las cantinas, en donde había muchas chicas, siempre dispuestas a complacer a los soldados. Eran bonitas, aunque no muy jóvenes. Parecían estar allí en contra de su voluntad, como sufriendo un castigo.

Me senté en una mesa solo y me dediqué a mirar el ambiente del local, grande y sumido en penumbras. En algunos rincones, varias parejas se dedicaban a hacer el amor en diversas modalidades.

Fue aquella noche cuando vi por primera vez mujeres uniformadas como nosotros. Llegaron en grupos y sólo algunas de ellas buscaron compañía femenina. Las más se sentaron en herméticos grupos y bebieron copiosamente. Sus manoseos me indicaron que eran lesbianas.

Nunca me había preguntado si existirían unidades de combate compuestas por mujeres. Ahora tenía la respuesta, pero en seguida me interrogué si también eran utilizadas para los mismos trabajos que

nosotros.

Escuché un rumor de sillas. Alguien se estaba sentando a mi mesa. Alcé la mirada molesto, a punto de despedir al hombre o mujer que me interrumpía. Aquella noche quería estar solo. ¿No era la norma en aquel cuartel? Pues la seguiría...

—Hola —Victoria me sonrió desde la penumbra. La mitad de su rostro recibía una luz roja que le daba un irreal aspecto.

Casi salté de mi silla al reconocerla. Tenía el pelo muy corto y el uniforme rojo y negro le sentaba maravillosamente.

Había llevado con ella una botella de whisky. En seguida reconocí por la etiqueta una conocida marca escocesa.

Victoria llenó un vaso de plástico de los dos que llevaba. Lo empujó hacia mí y luego se sirvió una generosa dosis para ella.

—Lo traje de mi último viaje, Abe —dijo haciendo sonar el cristal de la botella con sus largas uñas. Alzó su vaso—. Por nosotros, Abe. Ahora sólo puedo contar contigo.

Bebí y la miré fijamente.

—¿Por qué ahora nada más cuentas conmigo?

—Ayer hablé con Pablo.

—Dime dónde está. Le he estado buscando. Pablo me contó un poco de su incursión a una ciudad y...

—Ahora no está en el cuartel. Trasladaron definitivamente su unidad a otro sector. Lo siento, Abe; pero Pablo no ha resistido el acondicionamiento.

—No te entiendo.

Ella bebió un poco.

—Lo siento. Reconozco que fracasé con él. Os hubiera necesitado a los dos. Ahora nada más cuento contigo. En la Tierra, Abe, os suministré una droga para que el acondicionamiento a que os sometieron no surtiera efecto. Al parecer sólo acerté contigo. Pablo está afectado por el proceso, aunque sólo parcialmente. Y me temo que eso será peor para él.

—¿Es que nos habéis convertido en máquinas de matar, de combatir?

—Más o menos. A cada situación bélica debéis reaccionar como quieren los jefes. Bueno, tú no. Tú mantendrás incólume tu raciocinio. Te necesito, Abe.

—Eso significa que nunca volveremos a la Tierra, a nuestra época.

—No son tan crueles. Cuando se cumpla el contrato se os devolverá a vuestro tiempo y lugar, pero ellos confían en que siempre queráis volver. Nunca llegaréis a gastar el dinero ganado.

—¿Quiénes son ellos? ¿Es que tú no perteneces a la escogida élite?

Victoria negó con la cabeza. En el fondo del salón estalló una disputa. Prontamente acudieron vigilantes. No se anduvieron con

miramientos. Golpearon a los que peleaban, varios hombres y mujeres, que sacaron de la cantina a empujones.

Pronto volvió la relativa calma en aquel ruidoso lugar.

—Finjo estar de parte de ellos, Abe. Pertenezco al cuerpo especializado. Mi misión es muy compleja. A veces me envían a la Tierra a colaborar en el reclutamiento. Ahora me han destinado de nuevo a una unidad de combate. Claro que yo lo solicité, y la razón es que tengo que estar cerca de ti.

Nuestras unidades respectivas, Abe, irán al combate juntas. Entonces será nuestro momento.

Moví la cabeza. Estaba cada vez más confundido.

—Por favor, Victoria, no olvides que yo estoy sano mentalmente, no como los demás. Me hago preguntas, miles de ellas. Y hasta ahora he hallado muy pocas respuestas. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos?

—Si los mercenarios no fueran acondicionados sería imposible mantener la disciplina. Todos los soldados admiten su entorno sin hacer preguntas. Nada les extraña. No olvidemos que pertenecen a tiempos pasados —sonrió—. Bueno, tú también eres un atávico; pero más inteligente que la mayoría.

—Gracias por adularme. Pero sigues sin responder a mis preguntas.

—Estamos en la Tierra, a seis siglos en el futuro de tu presente.

—Pablo me insinuó que lo habían enviado a otro planeta.

—Tiene razón Pablo. Creo que lo enviaron a la ciudad Altir, en el planeta Corets. Allí había estallado la rebelión y el Mando dictó su castigo. Ahora todo está pacificado.

—Se puede viajar a los planetas de forma parecida a como lo hacéis por el tiempo, ¿no?

—El principio es similar. Pero no existen muchos planetas a donde ir. Cuesta mucho mantener los enlaces. Los rebeldes siempre están intentando sabotear los Puntos.

—¿Qué rebeldes?

—Casi en toda la Galaxia están los rebeldes. Todo el mundo está en contra de la Tierra.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado en seis siglos?

—La historia es larga, Abe. Mañana iré a tu unidad a buscarte.

—¿Para qué?

Ella se levantó.

—Tengo que enseñarte dónde estamos.

—¿Podrás hacerlo?

Me puso delante de los ojos las insignias de su bocamanga.

—Soy capitán. El sargento Rogers no podrá impedir que yo exija un ayudante para ciertas tareas que tengo que llevar a cabo en el

Santuario.

—Rogers no parece estar acondicionado...

—No, ahora no. Cumplió su primitivo contrato y solicitó el reingreso. Ahora cumple con agrado su trabajo —mostró un rictus de asco—. Le gusta la muerte. Sigue ejerciendo el mismo trabajo que tenía en la Tierra. Ninguno de los suboficiales, oficiales y jefes está acondicionado.

—¿Y todos pertenecen al pasado?

—Sí.

—Tú...

—Yo soy de esta época, aunque no nací en la Tierra. Abe, nos veremos mañana.

La sujeté para que no se marchara. Me levanté y la miré.

—¿Por qué hasta mañana? Tenemos permiso toda la noche.

—¿Qué quieres decir?

—Tú, como oficial, debes disponer de un habitáculo para ti sola. ¿Hay sitio para mí? —sonreí—. Claro que si perteneces a ese clan...

Y miré insinuantemente a un grupo de mujeres que reían y bebían.

Se limitó a asentir. Sin soltarme la mano, me condujo a través de las mesas fuera de la cantina. Las luces de los corredores estaban atenuadas y antes de llegar a su dormitorio nos besamos varias veces.

*

Victoria envió a la mañana siguiente un mensaje al sargento Rogers advirtiéndole que yo estaría ausente todo el día. Ignoro qué clase de servicio oficial utilizó. En un control de salida del cuartel me entregó un pase.

Supe que dejamos el recinto castrense cuando abordamos un coche de dos plazas. Ella conducía por una avenida amplia, pero aún sin ver la luz del sol. Nos cruzamos con unidades militares acorazadas cargadas con soldados. Regresaban, al parecer, después de haber sostenido una cruenta batalla. Cuando le pregunté a Victoria al respecto me contestó que no podía saber de dónde procedían. Todos los días salían y regresaban expediciones punitivas.

La avenida subterránea me asombró a causa de su magnitud. Creo que ya habíamos recorrido más de cuarenta kilómetros cuando se estrechó y empezamos a ascender.

Salimos a la superficie. Me volví para mirar. Detrás dejábamos una oscura boca, flanqueada por graníticas fortalezas fuertemente artilladas.

—El primer Santuario no está lejos, apenas a treinta kilómetros —dijo Victoria. De vez en cuando me miraba de soslayo, como si no quisiera perderse ninguna de mis expresiones cambiantes ante lo que

observaba—. Yo te iré explicando todo. Estás viendo lo que será la Tierra dentro de seis siglos, Abe. Te ruego que me formules el menor número de preguntas mientras hablo.

Asentí. No podía dejar de mirar cuanto nos rodeaba. El paisaje era desolador, gris. Las tierras eran oscuras y ásperas, sin una brizna de vegetación.

La carretera era recta y las cunetas estaban llenas de tierra removida, de escombros húmedos.

Cuando divisé la aún lejana ciudad, Victoria volvió a hablar:

—Tú conociste el comienzo del desplome de la civilización en que naciste, Abe. A finales del ochenta era imposible continuar con los ojos cerrados a la realidad y las naciones más poderosas, incapaces de mantener un elevado nivel de vida, decidieron actuar.

»Las materias primas y las reservas de petróleo estaban controladas por las multinacionales. Cuando un pobre país quería resistirse, el gobierno se derrocaba y se implantaba otro sumiso a las directrices de los poderosos que podían continuar con la explotación.

»Rusia y China fueron finalmente sorprendidas por Estados Unidos, que usaron finalmente sus bombas de neutrones.

—Se supieron de ellas en 1978; pero siempre pensamos que no llegarían a utilizarse.

—Oh, sí que se usaron. Antes de terminar el siglo XX fueron lanzadas contra los países productores de petróleo, incluso con el consentimiento de los contrincantes del bloque occidental. Todos pensaron que el botín sería suficiente. Pero no resultó así. Resultaba imposible mantener el ritmo de despilfarro. Para mantenerlo precariamente en las naciones más avanzadas sólo cabía la posibilidad de impedir que el resto del mundo fuese privado de todo suministro energético o de materias primas.

—Me sorprende que naciones cómo China y Rusia se dejasen caer en la trampa que les tendió Estados Unidos…

Victoria movió la cabeza negativamente.

—No fueron realmente ellos, sino las compañías supranacionales extendidas en varias naciones las que realmente gobernaban. Los países europeos occidentales, mediante la presión de las multinacionales, unieron sus destinos al dictador de América del Norte. No se inmutaron cuando la segunda tanda de bombardeos de neutrones arrasó más tierras y más pueblos. En poco tiempo obtuvieron incontables botines que les permitieron poner en funcionamiento la segunda parte de un vasto y ambicioso plan.

El coche corría por la casi desierta carretera en dirección a la ciudad que aumentaba de tamaño rápidamente.

—La Tierra se llenó de círculos acotados por los implicados en el poder de las compañías. Los ejércitos y los títeres gobiernos estaban a

sus órdenes y tenían que obedecer si querían conservar un lugar confortable donde vivir, no pasar hambre ni carecer de nada.

»Fuera de lo que luego serían llamados Santuarios, que en realidad son monstruosas ciudades, millones de seres tenían que trabajar en ínfimas condiciones para suministrar a sus amos cuanto necesitaban.

»Pero la Tierra seguía agotándose. Había que ir a otros planetas en busca de las materias primas que se habían despilfarrado en este. El sistema tradicional de viajar a las estrellas era impensable porque no había tiempo ni medios para construir tantas naves que llevase a la Tierra los millones de toneladas que la nueva sociedad necesitaría en el futuro inmediato.

»Se descubrieron los enlaces y los puntos. Sólo era ya preciso enviar una nave a un planeta de condiciones similares a la Tierra, establecer el Punto y conectarlo con otro similar en este mundo, estableciendo así el Enlace. A través de él se puede viajar en cuestión de segundos a un planeta situado a uno o millones años luz.

—¿Y viajar por el tiempo? ¿Cómo se descubrió?

Aunque era de día, el cielo estaba tan densamente cubierto de nubes que la ciudad tenía encendidas sus luces. Lo que al principio le había parecido como un conglomerado de edificios, según la tradición que conocía en las urbes, era en realidad una fabulosa construcción ciclópea, maciza, de muchos kilómetros de frente. Al volverme para mirar a Victoria, la hallé un poco contrariada. ¿Tal vez porque la había interrumpido con mi pregunta.

Pero ella me contestó suavemente:

—El hallazgo de la forma de viajar por el tiempo fue un descubrimiento fortuito, algo colateral gracias a la manera de viajar a los mundos estelares. Los sabios querían evitar tener que ir primero a un planeta situado a cinco o veinte años luz de la Tierra por el lento medio del uso de una nave lumínica. Se tardaba demasiado en instalar el Enlace. Pretendieron usar la cuarta dimensión para contactar con lejanos mundos mediante una proyección de fuerza enorme.

«Cuando se creyeron fracasados vieron que habían conseguido perforar el tiempo. Tenían ante ellos unos pórticos mediante los cuales se podía viajar a determinados años, pero no más lejos nunca del siglo XVIII…

—¡Pero yo estuve en la Escocia primitiva, a más de tres mil años antes de la era cristiana!

—Es la excepción. Hubo un momento que se pensó trasladar a toda la población élite de la Tierra a esa época e incluso más atrás de haberse podido establecer una puerta nueva. Así tendrían una Tierra repleta de recursos, sin explotar. Se podría arrancar de las entrañas todo cuanto durante muchos siglos se estuvo haciendo sin piedad.

—Pero eso implicaría una paradoja en el tiempo...

—Creo que no habría sucedido, o los dirigentes no pensaban en que ellos impedirían el nacimiento de sus antepasados. Pero la Puerta .que nos comunica con la vieja Escocia es pequeña, incapaz de permitir pasos de grandes masas. Apenas se puede sostener hoy en día. Nos tememos que en cualquier momento desaparecerá. Sólo usamos aquel tiempo y lugar para el adiestramiento de reclutas.

—¿Por qué no se establecieron otras puertas dirigidas al pasado?

—Cuando los científicos que pretendieron construir los Enlaces tan bravamente comprendieron que habían fracasado, se desesperaron y destruyeron muchos de sus datos. Luego se dieron cuenta que habían encontrado la forma de poder viajar por el tiempo. Pero ya era tarde. No se ha podido volver a encontrar otra vez la fórmula. Según los cálculos, en un momento todas las puertas conectadas con el pasado desaparecerán. Son inestables, al contrario que las que nos unen a varios planetas de la Galaxia, que podrán ser mantenidas indefinidamente... siempre que no les falte el suministro energético.

—Que al parecer no es un problema para esta época.

—También lo es, Abe. Aunque se usa masivamente la energía nuclear, los minerales radiactivos desaparecieron en la Tierra hace mucho tiempo. Todos tienen que ser importados de los planetas que están dominados actualmente por la Tierra.

—Para eso queréis los mercenarios.

—Sí. Los buscamos en el pasado, en diversas épocas. En el siglo XX, sobre todo, tenemos todos los que precisamos. En el comienzo de las turbulencias del año 2000 sobraban hombres luchadores.

El monstruo urbano estaba cerca. La carretera se dividía en varias vías. Victoria tomó una de ellas y disminuyó la velocidad.

La miré fijamente. Realmente estaba desconcertado. ¿Qué quería ella? Al principio parecía esperar algo de Pablo y de mí. Ahora su objetivo se había quedado reducido a mi persona.

—La Tierra envió a los mundos conquistados ingentes cantidades de colonos, la población que le estorbaba, con el único fin de proveerse de materias primas y minerales energéticos. Al mismo tiempo, se establecieron guarniciones para impedir posibles independencias. Al principio las milicias estaban formadas por miembros de la comunidad élite, pero al descubrirse el paso por el tiempo, exactamente al pasado, se pensó en la utilización de mercenarios, ya que cada vez era más difícil encontrar hombres y mujeres dispuestos a actuar de policía en los mundos serviles. Todos querían quedarse en la Tierra y gozar de las comodidades de los Santuarios.

Eché una mirada al paisaje desolador.

—No lo comprendo —dije—. ¿Por qué no se eligió un mundo

adecuado para que la sociedad élite emigrase? ¿Por qué vivir en un mundo insoportable?

Ella se encogió de hombros.

—Ciertamente, no lo sé. Es posible que sea algo ideológico. La sociedad dominante está muy acondicionada a causa de su evolución, siempre en el poder. Está acostumbrada a la Tierra, a que los planetas conquistados dependen de ella, aunque realmente es lo contrario. Sin las colonias, la Tierra no podría subsistir sino unos años. Apenas cinco. El tiempo que le duren las reservas importadas.

—Tú pareces enemiga de esa élite.

Me miró sorprendida.

—¡Lo soy! Creí que te habías dado cuenta que estoy luchando por la libertad de los mundos dominados.

—¿Eres una traidora? Bueno, perdona. Digamos que difieres del pensamiento ideológico...

—No debo nada a la Tierra porque no nací aquí. Mi mundo se llama Kofer y está diez años luz. Desciendo de los colonos. Mi verdadero nombre es Darga. Victoria Cardigan era una inspectora de producción que visitó Kofer. Allí existe una eficaz organización subversiva. Mis compañeros la secuestraron y yo ocupé su lugar. Hasta hoy, dos años después de la suplantación, nadie ha sido capaz de descubrirme.

—Creí que los terrestres odiaban el empleo de las armas...

—Algunas veces los jóvenes acceden a puestos peligrosos sólo por el morboso motivo de conocer la aventura, pero se cansan pronto o sienten miedo. Lógicamente, Victoria Cardigan ya debía haber renunciado. Yo llevo demasiado tiempo representando su papel, siempre en los sitios de mayor riesgo. No me queda mucho tiempo. Si quiero evitar que sospechen de mí debo cumplir con mi misión cuanto antes.

—¿Una misión para lograr la victoria de tu mundo sobre la Tierra?

—Sí. Llevamos mucho tiempo planeándolo. Más tarde te daré detalles. Ahora entramos en el Santuario. Creo que la palabra no es adecuada. En verdad es un sitio de placer, donde los terrestres viven sólo para el gozo, la diversión y la buena vida.

El vehículo rodaba a escasa velocidad. Estaban cruzando por arcos de metal resplandecientes, de distintos colores. De vez en cuando, Victoria lo detenía y esperaba que luces verdes ocupasen el sitio de otras rojas.

—Nos están visualizando y comprobando nuestra identidad. Algunas de las residentes femeninas se encaprichan por algún .atractivo espécimen del pasado y se lo trae al Santuario para pasarlo bien con él. Esto está siendo muy criticado por las altas esferas y se rumorea que quieren prohibir terminantemente el acceso de seres del

pasado a los Santuarios. Claro que es una forma estupenda de convencer a los más valiosos para que nunca renuncien a su trabajo.

—¿Es que se permite a los mercenarios conseguir la ciudadanía terrestre?

—No, de ninguna forma; pero los que vuelven a firmar otro contrato tienen posibilidad de mejorar. Por ejemplo, los permisos pueden pasarlos en áreas de disfrute controladas, pero en las que acuden como moscas hombres y mujeres de la élite. Ya te digo que los varones del pasado son muy apreciados por las mujeres de esta época.

Terminó riendo y yo me quedé con las ganas de hacerle una pregunta íntima. Pero habíamos rebasado los controles y entramos en una avenida amplia. Allí los edificios iban cerrándose sobre nuestras cabezas, hasta unirse en el altísimo techo de la mole urbana. Había luz por todas partes, actividad. La gente se transportaba por medio de vehículos similares al nuestro o bien por las aceras y puentes transportadores.

Las tiendas destellaban atrayendo a la clientela y multitud de salas de diversión de todo tipo incitaban a la entrada.

De súbito presencié un choque entre dos vehículos aéreos, a unos cien metros de altura y apenas a un kilómetro de nosotros. Cayeron al suelo incendiados. Los coches se apartaron velozmente de su trayectoria y quedaron en la amplia calzada ardiendo. Los peatones los miraron indiferentes y siguieron su camino.

—Seguro que estaban compitiendo —masculló Victoria—. Ocurre a menudo. Son jóvenes drogados, hartos de diversión.

Cuando nos alejábamos del accidente, un gran camión se acercó a los vehículos siniestrados y con una pala los retiró de la vía. En seguida quedó restablecida la normalidad en la avenida.

—A veces se cansan de tanta facilidad y frivolidad y ocurren cosas semejantes —siguió diciendo Victoria con desprecio—. Esta es una sociedad corrompida.

—Que vosotros pensáis eliminar, destruirla al dejarla sin suministros vitales para ellos —dije secamente.

—Sabemos que los habitantes de los Santuarios nos son totalmente culpables. Pero sus jefes envían mercenarios a dominarnos, a obligarnos a trabajar para ellos. Cuando se sientan solos tendrán que reaccionar si no quieren morirse de hambre. Pueden hacerlo.

—Morirán muchos…

—Ahora están muriendo verdaderos inocentes. Abe, ¿es que no estás dispuesto a ayudarnos?

—Es que todavía no sé qué clase de ayuda queréis de mí.

—Cuando conozcas lo que es un Santuario te lo explicaré todo.

Suspiré resignadamente. Victoria entró por un túnel y aparcó el coche en un aparcamiento subterráneo. Comenzó mi visita.

CAPITULO VI

Mi estancia en el Santuario estuvo bien aprovechada. Aunque el recinto era demasiado grande para conocerlo todo en pocas horas, con la ayuda de Victoria como guía me hice una idea profunda de la forma de vivir de la élite.

Saqué dos conclusiones. Vivir allí era una constante orgía. Sus habitantes disponían de todo en abundancia, incluso se esforzaban en derrochar, como si en ello encontrasen un placer infinito.

La segunda conclusión fue que mi mente no estaba preparada para una estancia larga en lugar semejante, integrado en una sociedad tan cretina y vacía.

Los habitantes del Santuario que visité —había al menos veinte o treinta desperdigados por la árida Tierra— vivían una existencia frenética, excitante. Entre ellos organizaban juegos mortales, siempre buscando una motivación en sus huecas existencias. Los heridos eran reparados y los muertos, incinerados. Y la vida continuaba allí.

La sede local del gobierno terrestre sólo pudimos verla desde el exterior. Entrar en ella no era fácil para la mayoría de los ciudadanos del Santuario. Victoria me explicó que los verdaderamente peligrosos eran los dirigentes. Vivían exclusivamente para gozar con el dominio que ejercían sobre los planetas colonizados, a los que odiaban a causa de una razón que sólo cabía encontrar explicación dentro del campo de la paranoia.

Pasamos la noche en un hotel para transeúntes. Allí olvidé por unos momentos el desconcertante mundo del futuro.

Antes de quedarme dormido, con Vic entre mis brazos, me hice preguntas. ¿Por qué el mundo que yo había conocido, y al que seguía considerando el mío propio, el de mi tiempo, había cambiado tan cruelmente? Pensé que se podían haber encontrado fórmulas más humanas que hubiesen evitado la situación.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, desayunamos y volvimos a los cuarteles subterráneos.

Por el camino de regreso, dije a Vic que era el momento de explicármelo todo. Había visto y comprendido lo suficiente para ofrecer mi ayuda. La Tierra actual no merecía que muchos planetas fuesen explotados. Además, recordaba las palabras de Pablo, sobre la represión sufrida por una ciudad en un lejano mundo.

La mujer parecía contenta con mis palabras.

—Kofer, mi planeta de origen, es el máximo exportador de materias primas a la Tierra, por ser el más rico —dijo Vic—. Hemos pensado destruir el Punto allí instalado. Pero el problema es la

guarnición que lo defiende.

—¿Qué tal está la resistencia en Kofer?

—Muy bien organizada. Contamos con armas, pero no con armaduras.

La comprendí. Un hombre sin armadura, alcanzado con una de las terroríficas armas es nada. En cambio, con la armadura, puede reírse de semejantes disparos. El traje puede absorber la energía, sin que su ocupante sufra absolutamente.

—Entonces no hay nada que hacer —dije con pesimismo.

—Para eso contamos con un plan.

—Es el que quiero conocer.

—Yo voy destinada mañana a Kofer. He conseguido que me manden allí. Lo organizaremos todo para que te puedas reunir con la resistencia en unos días, Abe.

—No entiendo nada.

—Es sencillo. En la Tierra existen varios cuarteles, con reservas de tropas, siempre dispuestas a marchar en cuestión de minutos a cualquier planeta apenas se reciben indicios de conflicto.

«Nosotros, en Kofer, provocaremos incidentes. Sé por los computadores, que tu unidad será enviada a Kofer. El resto lo dejarás de nuestra cuenta.

—Pero ¿cómo pensáis vencer a la poderosa Tierra? Aquí existen miles de mercenarios, soldados curtidos en combate y…

—Lo sabemos; pero los habitantes de Kofer y los demás mundos no son como los actuales terrestres. Nosotros hemos nacido en un mundo primitivo, en donde hay que luchar para sobrevivir. Estamos curtidos. Nuestros combatientes son excelentes —sonrió con picardía —. Tan buenos como los soldados del pasado, los de tu tiempo, Abe.

—Pero vosotros no tenéis armaduras, y sin ellas, según deduzco, es imposible vencer a los mercenarios.

Victoria frenó violentamente el coche. Bajamos. El paisaje era desolador, como siempre. La autopista estaba desierta. Ella sacó de la guantera un revólver común, un arma de mi tiempo.

—A veces el hombre perfecciona tanto el arte de la guerra, inventa tantos métodos para sobrevivir de ellas que olvida que las armas primitivas pueden dar al traste con sus sistemas de seguridad —dijo.

Sacó también del interior del coche una plancha de metal ligero, que tiró al suelo. Hizo un disparo contra ella con el revólver. Tomó la plancha y me la mostró. Tenía un agujero en el centro.

Este es el mismo metal que se utiliza para construir armaduras de guerra. Lo que es capaz de neutralizar una mortal descarga de energía, es perforado sencillamente por un proyectil de plomo impulsado por una explosión de gases. Ridículo, ¿verdad?

Tomé asombrado la plancha. Sí, parecía la misma con que estaba

hecha mi propia armadura. De todas formas… los indios americanos no pudieron vencer con arcos y flechas la invasión de colonos procedentes del este.

—Estaría bien esto en una lucha cuerpo a cuerpo, pero me temo que en la Tierra habrá armas más poderosas, capaces de matar sin enviar soldados.

—Tienes razón. Este sistema es un secreto para todo el mundo. Contamos con el factor sorpresa. Un ataque relámpago contra la guarnición de Kofer nos permitiría vencer, ocupar el enlace.

—¿Y una vez ocupado el enlace?-

—En el Punto situado en la Tierra hay una puerta al siglo XX. Tenemos que hacernos fuertes en los dos puntos, en el de la Tierra y el de Kofer el tiempo suficiente para importar del pasado más armas. Apenas contamos con las suficientes para un corto combate.

—Es muy arriesgado —reí—. Tanto que me temo salga bien. ¿Cuál es mi papel?

—No tenemos expertos en tu tiempo, no entre nosotros. Sólo yo conozco el mundo pasado, Abe. Tenemos unas horas para adquirir importantes contingentes de armas, que deberán estar dispuestas para recogerlas, traerlas a la Tierra por el paso del tiempo y luego, mediante el Enlace, llevarlas a Kofer, distribuirlas a todos los mundos y romper el Punto de mi mundo. Los terrestres no podrán volver a instalarlo. Precisarían de un viaje convencional por el espacio estelar, lo que es totalmente imposible actualmente.

—Se podría destruir el Punto en Kofer y así seríais libres.

—Pero quedarán otros mundos esclavizados. No, la rebelión debe ser en todas partes.

—Dijiste que nos esperarían las armas compradas en mi tiempo. ¿Quién lo hará? ¿Con qué dinero?

—El oro no tiene valor actualmente, y en tu tiempo, sí. Cuento por ello con Pablo Dunigan. Mañana tenemos que trasladarlo al pasado. Le daremos una dirección de un Banco suizo donde tenemos dispuesta una importante suma. Supongo que sabrá apañárselas para contactar con comerciantes de armas en la Tierra antigua y adquirir las que estarán detalladas en una lista que yo le entregaré.

Asentí.

—Sí, en la Tierra sobran mercaderes de armamentos. En suiza encontrará los que quiera.

—Lo imagino. Allí hay una puerta del tiempo que apenas se usa. Nosotros la hemos estado utilizando secretamente. Precisamente está situada en las mismas instalaciones del Punto en la Tierra que conecta con Kofer.

—Es un plan bien meditado. ¿Podrás arreglarlo para enviar a Pablo a Suiza en el siglo XX?

—Sí. Y tiene que ser mañana. Dentro de dos días su unidad será enviada permanentemente a un mundo del que no volverá en unos años, si no le matan antes. Además, temo por su salud mental. No debe seguir aquí por mucho tiempo.

—Comprendo. Estoy de acuerdo contigo. Pablo estaría perfectamente si no hubiese sido acondicionado parcialmente.

Volvimos a entrar en el coche y seguimos el viaje en dirección al cuartel. Victoria dijo:

—Apenas se encuentre en su tiempo, Pablo se recobrará.

—Ojalá sea así.

No encontramos más temas importantes de los que discutir. Nos limitamos a cambiar impresiones, a ultimar detalles del vasto plan elaborado.

*

El sargento Rogers sólo supo que yo me había ausentado del cuartel, pudo presumir que había estado en el Santuario, pero no averiguó con quién.

Me abordó en el comedor, apenas acababa de arrojar mi bandeja al conducto de los desperdicios.

—Para ser un recluta que aún no ha entrado en combate es muy afortunado, Snell —me dijo.

—No entiendo lo que me dice, sargento —le repliqué.

—Su permiso estaba en regla. ¿Con quién estuvo?

No respondí. Rogers arrugó el ceño y siguió:

—Sé que algunas mujeres del Santuario que se divierten aquí jugando a la guerra se encaprichan con soldados. Ya sabe, el atractivo del pasado. Pero es muy extraño que se haya fijado alguien en usted, un recién llegado.

—Pues así ha sido, sargento. No creo que esté obligado en decirle la identidad de quien solicitó mi permiso. Si le parece puedo preguntárselo, y si ella está conforme se lo diré.

—No se hace simpático a mis ojos, Snell, y donde vamos a ir es peligroso enemistarse conmigo.

Me encogí de hombros y salí del comedor. Aquella tarde, después de los ejercicios, recibí un aviso codificado. Eso quería decir que algún superior mío quería verme para un asunto privado.

Me encontré con Victoria cerca de su habitáculo. Estaba nerviosa.

—El plan peligra, Abe. Todo está dispuesto para enviar a Pablo al pasado, pero él está muy nervioso y no me cree. Desconfía de mí.

—Llévame con él —pedí.

Vic sólo había conseguido conducirlo hasta el gimnasio, que a aquellas horas estaba desierto. Vi a Pablo sentado en un sillón, con la

mirada clavada en las punteras de sus botas.

Me senté junto a él y le obligué a mirarme. Me observó con ojos vidriosos. En aquel mundo uno debe estar acondicionado o libre totalmente con sus pensamientos. En un estadio intermedio uno puede enloquecer en pocos días. Era preciso sacar a Pablo de allí.

—Muchacho, para ti ha llegado la hora de la licencia —le sonreí—. Te enviaremos a Berna con instrucciones. ¿Sabes lo que tienes que hacer en Suiza?

—Se lo he explicado cien veces —dijo Victoria con impaciencia—. No me entiende. O disimula no entenderme.

Lo levanté y le dije como si estuviese riñendo a un hermano menor:

—Vas a venir con nosotros. No tenemos mucho tiempo.

—Claro que no —exclamó Victoria—. Tengo que llevarle a Berna, dejarle en una casa alquilada y allí entregarle toda la documentación. Y eso en sólo dos horas. Para entonces tengo que estar de vuelta. Estoy levantando demasiadas sospechas.

—¿Dónde está la puerta del tiempo que os llevará a Suiza en el siglo XX?

—A cien kilómetros de aquí está el Punto que enlaza con Kofer. La puerta del tiempo está en un lugar no frecuentado, no habrá problemas, pero si me retraso demasiado infundiré sospechas. Tengo un coche dispuesto, que también debo devolver en menos de tres horas.

Empujé a Pablo. Sabía que Vic tenía su coche a poca distancia del gimnasio. ¡Demonios! Yo también estaba en peligro. Si me ausentaba del dormitorio y entonces sonaba la alarma me declararían prófugo y ya me habían advertido lo que se hacía con los indisciplinados.

Pablo se dejó llevar dócilmente por mí, pero una vez fuera del gimnasio, y casi a punto de llegar al coche aparcado en una vía lateral del camino principal del cuartel, comenzó a protestar y querer zafarse de mis garras.

Sus gritos podían llamar la atención e incluso Victoria, pese a su condición de ciudadana de élite, iba a tener problemas para explicar lo que sucedía.

Golpeé a Pablo sin consideración y lo tomé en mis brazos antes que cayera al suelo desplomado. Lo arrastré hasta el coche y lo senté al lado del asiento de Vic. Ella suspiró aliviada y se acomodó delante del volante. Me sonrió.

—Cuídale —le pedí.

Me agaché para besarla y ella arrancó. Antes de alejarme, me dijo:

—Nos veremos en Kofer.

Despareció por la vía principal, perdiéndose entre otros muchos coches y transportes de tropas.

Al volverme para regresar a mi unidad, casi tropiezo con un sargento. Le conocía de haberle visto hablar varias veces con Rogers. Era un mulato enorme, de las Antillas. Me empujó furibundo y luego me miró fijamente. En seguida temí que hubiese visto algo.

Recordé su nombre. Jules o algo así. Quizá era de Jamaica.

—Soldado, ¿qué hace aquí? —clavó sus ojos en los distintivos de mi unidad—. Usted debe ser Abe Snell —sonrió ladinamente—. Sí, debe ser Snell. Rogers me habló de usted y de sus extrañas amistades con gente del Santuario. ¿Qué hacía con la oficial y ese otro soldado que parecieron meter a la fuerza en el coche?

Lo había visto todo. Quizá no le había dado demasiada importancia al hecho, pero cuando me reconoció sus ligeras sospechas se hicieron más sólidas. Además, parecía querer ayudar a su amigo Klaus Rogers fastidiándome a mí.

Rápidamente pasó por mi mente las posibles consecuencias. Vic se había llevado a Pablo para siempre. No volvería al cuartel. Lo buscarían y pensarían que había desertado, lo que era algo muy difícil porque un mercenario no tenía ningún sitio adonde ir. Pero con el sargento como testigo, los jefes llegarían a conclusiones exactas. El llamado Jules testificaría que me había visto ayudar a un oficial de la élite sacando del cuartel a un soldado, que bien podía ser el desertor. Y todo se vendría abajo.

Había que tomar una decisión y la tomé.

—Señor, me figuro que esto debe saberlo usted. Venga conmigo.

Eché a caminar al interior del gimnasio. Me siguió sin ningún síntoma de sospecha, pero cuando yo cerré la puerta tras él, en sus ojos se reflejó un ligero temor. Pero sonrió y puso los brazos en jarra.

—Bien, ¿qué pasa?

Estaba justamente donde yo quería, entre dos pesas suspendidas del techo.

Sólo tuve que pisar el pedal y las pesas oscilaron y se juntaron sonoramente. En medio estaba la cabeza del jamaicano. Cuando volvieron a ascender, un cuerpo decapitado rodó por el suelo.

Volví la cabeza, conteniendo mis ganas de vomitar. Trastabillando, salí del gimnasio. No había nadie por el corredor y me apresuré en volver a mi dormitorio.

Debía estar aún pálido cuando me acerqué a la entrada. Sólo entonces me percaté que la sirena de mi unidad estaba sonando. Dentro había un enorme bullicio. Todos los hombres se estaban colocando las armaduras. El sargento Rogers ya tenía la suya completa, me dijo al pasar:

—Un segundo más y le habría sometido a un consejo de guerra, soldado Snell. De todas formas confío que se podrá justificar de esta tardanza. ¡Vamos, no tenemos todo el día!

Sólo pude asentir y corrí a mi alacena. Mecánicamente saqué mi traje y me lo enfundé. De mi mente no se apartaba el cuerpo ensangrentado del jamaicano. ¡Dios, cómo sangraba por la aplastada cabeza! Quien entrase en el gimnasio se iba a llevar una sorpresa que no iba a olvidar fácilmente.

Un portugués, que parecía un poco más sociable que los demás, me mostró su entusiasmo. Pensé que la proximidad del combate hacía eufóricos a los mercenarios, y paradójicamente más humanos.

—Vamos a un planeta, a Kofer, según parece.

Y se alejó con su equipo completo.

Arrugué el ceño. Victoria me había asegurado que no iríamos a Kofer hasta dos días después. ¿Es que su organización había adelantado los planes o esta emergencia no tenía nada que ver con la que debía ser provocada más adelante? De todas formas me alegré de marcharme. En el cuartel iba a formarse un buen jaleo cuando el cadáver del sargento fuese descubierto. Era grato saber que yo estaría a unos pocos años luz de distancia para entonces. Y Vic, también.

Rogers ladró unas órdenes y todos formamos. Creo que batí un récord al vestirme en tan poco tiempo. Mi espalda cargaba con la mochila repleta de alimentos sintéticos, medicamentos y alguna droga. En la mano derecha sostenía la escafandra, mi rifle colgaba del hombro y mi cinturón estaba repleto de cargadores. Con la mano izquierda transportaba una caja de metal, que no sabía su contenido, pero intuía que se trataba de más munición.

Fuera de los dormitorios nos esperaban dos camiones, a los que subimos. Me alegré que los oficiales y suboficiales embarcasen en el camión que no era el que me correspondió.

El viaje hasta el Punto tardó escasamente una hora. Hacía poco más, Victoria se había dirigido hacia allí, pero ella buscaba la puerta olvidada que la conduciría, junto con Pablo, a la Tierra del pasado, a Berna. Si todo había salido bien, ella debía estar a punto de regresar.

Punto era una sólida construcción de metal y hormigón. Efectivamente, existían dependencias no usadas. En una de ellas estaría la puerta del tiempo, levantada cuando los científicos intentaron establecer otro Enlace.

Había gran actividad en el Punto. Además de la nuestra, otras unidades también estaban siendo embarcadas en relucientes naves. A pesar de usar una especie de pasillo por el espacio, el viaje había que efectuarlo en naves estelares, aunque el recorrido no durase más de unos minutos.

Aunque no pude ver todas las maniobras, ya sabía que las naves eran arrastradas hasta una plataforma desmagnetizada y totalmente aislada de la superficie terrestre. Un invisible halo se perdía en las alturas, por una enorme abertura practicada en el techo.

Sentí una vibración y luego una voz anunció por los altavoces que habíamos llegado a nuestro punto de destino.

Así fue mi primer viaje por las estrellas, tan árido.

CAPITULO VII

Estaba en Kofer, a diez años luz del hogar. Además, era el mundo de origen de Darga-Victoria Cardigan. Sólo estuve unos minutos en la nave, y creo que muchos de éstos sobraron. Tardaron bastante en abrirnos las puertas.

Nos hicieron formar en un suelo erosionado y sucio, al pie de la nave. Estábamos en un hangar de altísimo techo. Creo que la nave que nos transportó fue trasladada allí magnéticamente desde el Punto. Otras unidades desembarcaban y los oficiales las hacían formar como para una parada militar.

El bullicio era enorme y voces estentóreas nos hicieron poner firmes. Miraba a través del cristal de mi escafandra. Aún seguía respirando del oxígeno de mi traje, que aunque era agradable, me molestaba porque los oficiales se habían despojado de sus cascos. Sólo la tropa se mantenía con el equipo de combate completo.

No me di cuenta de la llegada del grupo. Cuando se detuvieron delante mía para conversar entre ellos me percaté de su presencia. Eran seis hombres, altos. Las mujeres que les acompañaban eran maduras y tenían poca femineidad. Vestían túnicas escarlatas con muchos adornos de oro. Sus rostros eran serios, escrutadores.

Podía escucharles hablar. Y aquello me dejó confuso. No comprendía lo que decía, pero en seguida llegué a la conclusión que eran altos jefes pertenecientes a la élite gobernante, al más alto escalafón de aquella sociedad egoísta. Noté que algunos estaban nerviosos. Quien más hablaba en un idioma desconocido para mí, pretendía, al parecer, apaciguarlos.

No soy un políglota, pero me ufano de reconocer por el habla lo mismo a un griego que un ruso, sueco o árabe. Aquel idioma no podía ser de la Tierra. Tal vez en Kofer se hablase algo distinto, sin ninguna raíz terrestre. Pero eso no podía ser, me corregí en seguida. Los componentes del pueblo élite eran descendientes de la Tierra. En aquel instante caí en la cuenta que aunque había estado en un Santuario, nunca escuché hablar a sus residentes. Siempre les vi de lejos, sin cambiar una palabra con alguno que no fuese Vic.

El comité de recepción pasó delante de mí. Pasaron revista a las unidades y se marcharon en un deslizador. Los oficiales volvieron a ladrar órdenes y nos condujeron a los túneles rodantes.

*

Efectivamente, en el Punto de Kofer existía un gran nerviosismo

entre la escasa población dirigente. Luego conocí el motivo. Los nativos habían cometido dos días antes una serie de sabotajes que había detenido el suministro de materias primas. Pero lo peor —para la guarnición, claro— era que varias unidades habían sido sorprendidas y aniquiladas.

A nosotros nos habían enviado para suplir las bajas e incrementar las fuerzas de ocupación.

El Punto estaba rodeado por unas instalaciones militares impresionantes, aunque aún no terminadas, y por multitud de pequeñas aldeas-dormitorios para los obreros y campesinos. Comprendí que los oficiales habían informado que estratégicamente el lugar era pésimo para la defensa, pero los dirigentes respondieron que era imposible hacer replegar a la población a corto plazo. Antes se debía conseguir la reanudación de los suministros a la Tierra.

Los obreros de las factorías situadas al norte interrumpieron su trabajo de tratamiento proteínico y los ganaderos, indudablemente para elevar más aún el caos, no cesaban de enviar reses al matadero. La confusión alcanzó en aquel lugar un alto grado y los mandos decidieron enviar tropas para volver a implantar la normalidad.

Mi unidad estaba entre las que se enviaron. Me cayó mal la noticia. Desde que llegué había estado esperando que Vic se pusiera en contacto conmigo. Además de mi ansia por volver a verla quería saber de Pablo.

Salimos al anochecer del recinto fortificado. Íbamos en vehículos blindados, enormes, pero que corrían a gran velocidad. A más de cien kilómetros por hora atravesamos pueblos, silenciosos y oscuros. Yo miraba por la mirilla y hasta mí llegaron los ladridos de perros.

Era la primera vez que podía observar Kofer. Era un planeta hermoso, a pesar de las feas ciudades. Pero por todas partes se veían restos de bosques de pino, tristes testimonios de lo que tiempo atrás debió ser toda la zona y que la voracidad insaciable de la anárquica urbe aún no había alcanzado.

Tuve que reconocer que Kofer era más hermoso que el inmundo planeta que era la Tierra, en la actualidad un inmenso páramo salpicado de Santuarios donde una frenética sociedad vivía para el vicio y el placer.

Volvimos a pasar por terrenos despejados. Los bosques habían sido alejados de las cercanías de las carreteras. ¿Para evitar ataques por sorpresa a los convoyes? De nuevo cruzamos más aldeas.

Así hasta el amanecer. Entonces nos detuvimos, nos hicieron bajar de los camiones y sentí por vez primera el contacto de Kofer bajo mis enormes botas. Alcé la mirada. Por el Oeste aún había oscuridad. Y allí vi el satélite.

Parpadeé. La atmósfera estaba limpia y podía verse el disco blanco

perfectamente. Por un momento me acordé de la Luna, y supe que no podía ser el satélite terrestre porque las manchas no existían; pero pese a todo deduje que también el satélite natural de Kofer era un mundo sin vida. Demonios, podían haber otros satélites más. Quizá en aquellos instantes estuvieran al otro lado del planeta.

Delante de nosotros; a unos quinientos metros, comenzaban las instalaciones de la factoría. A mi derecha estaban los corrales. Dentro mugían centenares, tal vez miles de reses. Parecían vacas como las terrestres. Posiblemente habían sido enviadas a Kofer muchos años antes para su reproducción. Con pastos como aquellos resultaría tarea fácil.

La odiosa voz del sargento Rogers me sacó de las meditaciones. Las tropas se desplegaron, tomando posiciones ante la factoría y protegiéndose con los vehículos. Observé que un oficial se adelantaba. Llevaba algo en la mano. Habló a través de él y su voz se convirtió en un trueno. Exigió a los obreros que saliesen de la fábrica, prometiéndoles que no habría represalias si los líderes se entregaban.

Sabía, o al menos lo presumí entonces, que tal cosa no sucedería. Me sentí inquieto. A mi lado, escuché susurrar al sargento dentro del casco. Era un veterano y aquello, al igual que a mí, no le gustaba.

El jefe de la expedición hizo que una unidad completa se adelantase hacia la fábrica. Y eligió la mía. Aquello nos salvó, pienso.

Apenas nos habíamos adelantado dos centenares de metros, cuando las vallas de los corrales se derrumbaron bajo el loco empuje de miles de cabezas de ganado. Detrás de los pobres animales estalló una estruendosa traca.

Tuvimos que correr, y no retrocediendo, sino hacia la fábrica. Volver sobre nuestros pasos habría significado la muerte.

Me detuve y giré sobre mis talones para presenciar una increíble escena. Las reses se lanzaban sobre las unidades desplegadas. Algunos soldados dispararon y unas decenas de animales se volatizaron, pero eran demasiados para ser contenidos por unos hombres cogidos por sorpresa.

Lo arrasaron todo. En mis oídos resonaban los gritos de pánico y muerte de mis compañeros. El oficial gritó algo que no entendí, pero debió ser algo así como que debíamos lanzarnos contra la fábrica y vengar nuestros muertos.

Entonces llegó la segunda parte. De la fábrica surgieron disparos. Seguimos avanzando. Nuestros trajes absorbían las descargas de energía del enemigo. Me repetí la palabra: enemigos. No, no eran mis enemigos, pero estaban disparando contra mí y yo no tenía intención de morir.

Dispararé mi arma después de arrojar la pesada caja de metal. Entonces se escucharon otros sonidos distintos al silbido de las

descargas energéticas. Eran conocidos estampidos, ráfagas de ametralladoras.

Cerca de mí cayeron varios soldados. Me arrojé al suelo y pude arrastrarme hasta uno de ellos. Le hizo volver y miré por el cristal de su casco. Era el portugués. Su cuerpo había recibido una docena o más de impactos. Eran balas dum-dum.

Habíamos caído en la segunda trampa, en la que sería definitiva para nosotros. El sargento pasó por mi lado, disparando sin cesar. Delante de él una ráfaga de ametralladora iba marcando el camino que seguían las balas. Pronto le alcanzarían, pensé. Pero en aquel momento sólo pensé que un hombre iba a morir estúpidamente.

Me levanté y como un jugador de rugby le plaqué. Caímos y la ráfaga se alejó de nosotros. El sargento intentó levantarse de nuevo y le golpeé para mantenerlo pegado en el suelo.

—Quédese, ahí, animal —le grité—. ¿Es que no reconoce la clase de píldoras que nos envían?

Me miró de forma estúpida. Aquel imbécil debía estar demasiado acostumbrado a luchar con ventaja y su torpe cerebro no admitía que los toscos enemigos de siempre, usando atávicas armas, nos aniquilaban.

No sé cuánto duró aquello, pero de pronto cesaron los disparos. Alrededor nuestro no se movía nadie. Estábamos rodeados de soldados muertos.

Estaban surgiendo los primeros rayos solares cuando salieron de la fábrica hombres armados con rifles automáticos. Detrás de ellos, cubriéndoles, debían seguir las ametralladoras.

El acondicionamiento del traje impedía que sudase, pero me sentí muy mal allí, en el suelo terroso, fingiéndome muerto.

Cuando una bota me golpeó me maldije. Recordé, demasiado tarde, que un soldado con armadura no podía fingirse muerto con éxito si no presentaba impactos de balas.

—Estos están vivos —dijo alguien en un inglés extraño.

Nos hicieron levantar. Estábamos rodeados por muchos hombres que nos miraban con odio inusitado. Nos despojaron de nuestras armas, que otros se encargaron de trasladar a la fábrica.

—Mátalos, Jeron —escuché decir a alguien con voz atiplada, de mujer.

—La jefa está dentro —contestó una risa—. No cogemos muchos prisioneros. Querrá interrogarlos.

—Será perder el tiempo; estos tipos se dejan descuartizar antes de soltar la lengua. Y no tenemos mucho tiempo.

—Si el suficiente, Peggy. Lo pensarán mucho antes de decidirse a machacar la fábrica. Y para entonces nos habremos largado.

Nos empujaron hacia la factoría. Antes nos despojaron de nuestros

cascos. Vi al sargento muy pálido. Yo no me encontraba bien, pero me permití una ligera sonrisa ante el abatimiento del gran hombre que siempre, hasta entonces, había sido o había querido aparentar.

Al pasar entre los defensores recibimos insultos y algún salivazo.

Nos hicieron entrar en una barraca. Allí había muchas personas. Parecían estar preparándolo todo para largarse. El llamado Jeron dijo a una mujer que permanecía vuelta de espaldas a nosotros.

—Inexplicablemente, jefe, dos se han salvado. Los demás están aplastados por las reses o convertidos en coladores.

—Mátalos fuera, Jeron. Esos no sirven ni para decirnos los buenos días. ¿Es que no aprendes nunca…?

Se volvió y su gesto hosco se convirtió en una sonrisa de alegría al verme. Victoria no me dejó tiempo a resoplar de alivio. Me estaba abrazando y cubriendo mi rostro de besos, ante la sorpresa de todos. Creo que el sargento Rogers era el más estupefacto.

—Por el dios de Kofer, Abe —dijo Vic—. Creí ver en sus ojos unas lágrimas. Si hubiera sabido que tú estabas allí fuera… Pero no tenías que haber llegado hasta dentro de un día o dos.

Hice un gesto de pesadumbre.

—Siento mucho no haberte podido avisar, cariño. Pero tu teléfono estaba siempre comunicando.

Al principio no entendió bien mi expresión. Pero sonrió y volvió a abrazarme, para, en seguida, volverse a sus compañeros y decirles:

—Es Abe Snell, amigos; el hombre de quien os hablé.

—Veo que ya tenéis armas —dije a Vic.

—No todas las que precisamos; sólo disponemos de las suficientes para dar el golpe definitivo al Punto.

—¿Pablo?

—Está mejor, mucho mejor de lo que habíamos previsto. En Berna se recuperó rápidamente. Lejos del ambiente asimiló perfectamente un tratamiento de recuperación y ahora su mente está sana. Creo que en unos días dispondrá del cargamento —Vic sonrió—. Claro que eso no es problema para nosotros. Podemos ir ahora mismo y hacer que lleguemos seis meses después de haberle dejado. Entonces estarían las armas dispuestas.

La mire fijamente. Apenas hacían diez horas que nos habíamos largado de la fábrica después de inutilizarla y preparar una nueva trampa a las fuerzas que, indudablemente llegarían más tarde a investigar. Cuando entrasen, todo saltaría en pedazos.

Nos habíamos refugiado en los densos bosques situados a unos treinta kilómetros. Vic me aseguró que allí estaríamos a salvo.

—Los mercenarios no se atreven a desplazarse tan lejos de sus bases —dijo.

—¿Cuándo será el golpe definitivo? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Tenemos que establecer una exacta coordinación —se mordió los labios—. El levantamiento parcial en Kofer no debió haberse producido tan pronto, pero hubo un error en las fechas. Compréndelo, Abe. Jugamos con tiempos distintos y es fácil cometerlo.

—Enviarán más tropas... El planeta se llenará de mercenarios.

—Ojalá fuera así. Pero el enemigo no dispone de suficientes reservas. Estimamos que en Kofer están todas las que pueden enviar. Cuando en distintos puntos existan tumultos, las fortificaciones del Punto quedarán en su mínima expresión y entonces atacaremos. Todo tendrá que ser muy rápido, cronometrado al segundo. Hemos calculado que la operación no puede exceder de más de dos horas. En ese tiempo tenemos que apoderarnos del Punto, trasladarnos a la Tierra y hacernos fuertes también en el Punto de allí, mantenernos el tiempo adecuado para trasladar las armas por la puerta conectada con Berna y reexpedirlas a diversos planetas, que suponemos que para entonces sus respetivos Puntos estarán, aunque sea por unos momentos, en poder de los sublevados, antes que las guarniciones reaccionen.

—¿Y si no acontece así? Quiero decir que si en los demás mundos no pueden apoderarse de los Puntos.

—Entonces destruiremos las conexiones que con todos los mundos dominados existen en el Punto de Kofer. El aislamiento será nuestra victoria, pero esto sólo debemos hacerlo después de disponer de armas.

Victoria estaba demasiado tiempo ocupada en aquel campamento improvisado y después de aquella charla se desentendió de mí, no sin prometerme que me presentaría al jefe máximo de la sublevación, a quien estaban esperando de un momento a otro.

En cierto modo me sentí un poco desplazado. Todo el mundo estaba ocupado excepto yo. Por ejemplo, se habían recogido todas las armaduras de los soldados muertos. Las averiadas se estaban reponiendo, tapándose los agujeros hechos por las balas. Sin preguntar, deduje que con ellas íbamos a conseguir penetrar en el muy vigilado Punto.

Mi deambular sin rumbo me llevó hasta donde el sargento Rogers permanecía encadenado a un árbol. Un koferiano montaba guardia a unos metros de distancia y no se opuso a que yo me acercara al prisionero.

Indolentemente, me senté cerca. Rogers me dirigió una sonrisa.

—Vaya, pareces aburrido, muchacho, ¿Tienes un cigarrillo? —dijo.

Negué con la cabeza.

—Desde que llegamos no he visto uno. Al parecer esta gente no

padece de ese vicio —respondió. Cogí una brizna de hierba y la mordí.

—¿No te has preguntado cómo es que me tienen vivo todavía?

—Eso no me interesa.

—Pues yo pienso que pretenden valerse de mí para penetrar en el Punto.

—Es posible. Lógico. ¿Lo hará?

—Si estuviera seguro que me respetarían la vida...

—Usted no tiene ideales —escupí—. Traicionará a los suyos.

—Un mercenario no puede tener ideales, muchacho. Quien los tiene está condenado al fracaso. Y tú tienes unas miras muy altas. Desde el primer momento aposté que terminarías traicionándonos. Esa mujer, Victoria, nunca me gustó. Actuaba de muy extraña forma. Sólo porque era un miembro de la élite se libró de mis sospechas.

—Es una gran chica. Ha expuesto su vida varios años por su causa.

Me miró extrañado.

—¿Qué causa?

—¿Qué entiendes tú de causas nobles? Los koferianos combaten por su libertad, por la de todos los planetas sojuzgados por la Tierra.

Klaus me soltó en pleno rostro una carcajada inesperada.

—A los mercenarios —dijo— no se les cuenta todo porque a causa de su acondicionamiento no es preciso; pero yo pensé que tú, por estar libre de él, estabas más al corriente de todo.

No respondí por la sencilla razón que no sabía qué. Me limité a mirarle muy serio. Entonces Klaus alzó su mentón, indicándome que levantase la mirada.

Sobre nosotros, entre los árboles, podía verse el satélite de Kofer. La noche era clara y brillaba de forma argentífera.

—¿Sabes lo que es eso? —me preguntó Rogers.

Asentí con vigor.

—No, no lo sabes —siguió con su tono de superioridad—. No sé lo que te habrá contado esa arpía de Victoria, pero estoy seguro que no conoces la mitad de la verdad. Ni siquiera la décima parte.

De no haber estado sujeto por las cadenas le habría golpeado al insultar a Vic. Yo debía estar rojo de ira.

—Serénate, muchacho. Nosotros, los veteranos, con varios años de servicio, dejamos de estar acondicionados para el combate como los reclutas. Por fuerza la élite tiene que confiar en nosotros, pero nos vigilan. Nos dejan averiguar cosas, y si no causamos problemas, nos dejan en paz. En verdad se necesita mucho tiempo para saber lo que sucede. Y tú llevas muy pocas semanas metido en este lío.

Me levanté. No quería seguir al lado de aquel tipo.

Pero Rogers me gritó:

—Esa es la Luna, Abe Snell.

—Por supuesto que es una luna.

—No, no. Es la Luna, no un satélite de Kofer. Es la Luna de la Tierra, porque nosotros estamos ahora en la Tierra.

Y antes que yo me recuperase de mi estupor, añadió:

—Y nosotros hemos venido de allí, de la Luna. Nada de un salto de millones de años luz. Apenas medio millón de kilómetros hemos recorrido a través del Enlace.

Estalló en carcajadas, tan estruendosas que el centinela se acercó a nosotros. No le di tiempo para preguntarme qué pasaba. Me alejé rápidamente, sintiendo que la sangre me hervía.

CAPITULO VIII

A pesar de que la busqué por todo el campamento, no hallé a Vic. Cuando comencé a preguntar por ella a los hombres y mujeres, apenas encontré a dos o tres que hablaban un inglés que pudiese comprender. Nadie me indicó dónde pudiese estar.

Apenas cené la frugal cena y me introduje en el saco de dormir refunfuñando, aunque no pude conciliar el sueño. Un rato más tarde, cuando estaba logrando dormir, me despertó un gran tumulto.

Todo el mundo iba de un lado para otro. Salí del saco y anduve unos pasos. En el campamento había estallado una euforia y actividad inusitada.

Victoria apareció delante de mí. Vestía una armadura y llevaba otra en los brazos, que me entregó apenas me vio.

—Póntela, cariño —me dijo.

Un hombre estaba a su lado. Le miré. Era alto y mayor, con pelo canoso. Tenía una mirada oscura e inteligente.

—Te presento a nuestro jefe supremo, Abe. Se llama Keller. Quería conocerte.

—¿Dónde has estado? —pregunté mirándola, como si Keller no existiese—. Te he buscado toda la noche.

—Ultimando los planes. Vamos a atacar en seguida el Punto. Todo está dispuesto. No vamos a fracasar. ¿Sabes quién va a ayudarnos a entrar?

—Klaus Rogers —respondí sin titubear y muy serio.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con él anoche.

Keller me estaba tendiendo su mano y decidí estrechársela.

—Tenía ganas de conocerte, muchacho —me dijo el jefe en un idioma ronco, brutal—. Pablo Dunigan y tú habéis sido muy valiosos para la causa.

Me saludó con un movimiento de cabeza y se alejó. Vic me miró resentida.

—No has estado muy amable con él.

Arrojé al suelo el pesado equipo de combate.

—No puedo ser amable. Estoy harto que la gente se sirva de mí, me mienta para utilizarme.

Los grandes ojos de Vic me miraron dolidos.

—No te entiendo, cariño...

—Deja de llamarme cariño. Has sido amable conmigo porque tenías que engatusarme —me senté y rehuí mirarla.

—Si me dices lo que te ha pasado yo podría explicártelo todo.

—Puedes llevarte el equipo de combate. No pienso moverme de aquí. Esta guerra no me concierne. Si queréis conquistar el Punto, podéis hacerlo, pero sin mí.

Vic se arrodilló a mi lado y yo sentí muy cerca su respiración.

—Tendrá que ser contigo, cariño.

—No veo el motivo.

—Pablo tiene recelos. Dispone de las armas en el Punto de Berna, unos viejos almacenes abandonados; pero ha amenazado con no entregarlas si tú no estás presente.

Sonreí para mi interior. Seguro que Pablo se había recuperado. Pensaba en mí y no estaba dispuesto a abandonarme. También él no veía claro el asunto y quería asegurarse que yo seguía viviendo después de verme.

—No iré. No veo claro todo esto. Aunque me matéis, no iré.

—Pero podemos matar a Pablo, cariño —dijo ella muy dulcemente.

Me volví para mirarla. Estaba sonriendo.

—¿Seríais capaces?

—No podemos dejar que todo se venga abajo por nimiedades. Seguro que Pablo habrá tomado medidas para que no podamos apoderarnos de las armas si tú no nos acompañas. Si así es, te juro que le mataremos, aunque perdamos la carga.

Volví a tomar el hato con la armadura.

—Está bien; os acompañaré. Pero antes quiero que me expliques unas cosas. Y esta vez no serán mentiras.

Vic se colocó su casco. A través de comunicador, respondió:

—Será cuando llegue el momento adecuado, cariño. Ahora vístete.

Empecé a hacerlo. Señaló hacia el cielo.

—Ese satélite es la Luna de la Tierra.

—Sí —replicó, lacónica, Vic.

—Estamos en la Tierra.

—Exacto.

—Entonces esto no es Kofer.

—También llaman Kofer ahora a la Tierra. Algunas tribus originarias llaman a esta zona Kofer y nosotros adoptamos el nombre.

—¿Tribus? ¿De qué tribus hablas?

—De nuestros antepasados, Abe, de los hombres de las cavernas.

Dejé de vestirme.

—¿Quieres decir que estamos tan lejos en el pasado?

—Unos quinientos mil años de nuestra era, cariño.

Me ajusté el guantelete. Traté de poner en orden las ideas.

—Me has engañado. Creí que realmente estábamos a diez años luz de la Tierra, en un mundo en otro sistema solar.

—El hombre nunca logró salir del sistema. Fracasaron cuando

intentaron instalar enlaces transportadores tan lejos y ello provocó la apertura de las puertas del tiempo. La más lejana llegó hasta esta era.

—Creí que la sociedad élite dominaba muchos mundos estelares.

—Siento haberte mentido en eso. Quería hacer la situación más esplendorosa.

—¿Por qué hacerme pensar que estamos en el futuro cuando realmente esto es el pasado?

Se encogió de hombros.

—Tiene su explicación. Vamos, no tenemos más tiempo. Debemos partir cuanto antes.

La seguí hasta los vehículos acorazados, los mismos que habían capturado a las unidades mercenarias después de aniquilarla delante de la fábrica.

Vic me condujo hasta el que estaba en cabeza. Allí la aguardaba el jefe Keller y también el sargento Rogers. Subimos todos y nos acomodamos en la cabina de mando, cerca del conductor. Alguien me puso entre las manos un rifle de energía y una carabina de repetición, así como suficiente munición.

—Hemos recibido noticias que del Punto han salido la mayor parte de las unidades. Apenas quedan allí mercenarios —explicó Keller con su voz ronca e inglés dificultoso—. Irán a explorar los alrededores de la factoría donde liquidamos sus unidades, Abe. No encontrarán el menor rastro de cadáveres, por lo que no podrán suponer que nosotros estamos aprovechando las armaduras.

Hice un gesto a Rogers.

—Y ese sargento prusiano será la llave, ¿no?

—Así es. Con él no dudarán que somos auténticos mercenarios, escapados milagrosamente de una encerrona de los sublevados.

—No deben confiar en él.

—Le convencimos anoche. Con nosotros no sólo salvará la vida, sino que dispondrá de la opción de regresar a su tiempo, donde podrá gastar una inmensa fortuna.

Rogers asintió.

—Me he cansado de la guerra, muchacho. En una cuenta numerada en Suiza dispongo de una gran fortuna. ¿Para qué seguir exponiéndome?

Vic hizo intención de coger mi mano y yo, sin mirarla, la rechacé.

Atravesando pueblos desiertos, nos acercábamos al Punto. Aparentemente formábamos una formación militar. No podía juzgar nuestro exterior, pero confiaba en que podríamos engañar enemigos.

Observé a Klaus Rogers. ¿Hasta qué punto podíamos confiar en él? Keller, nuestro jefe, parecía estar muy seguro de su fidelidad. ¿Es que Rogers había calculado toda la problemática de la situación y tenía la suficiente clarividencia para estar siempre al lado de los vencedores?

Estábamos llegando a las fortificaciones. Cruzamos el primer control sin ninguna dificultad. En el segundo, Rogers se asomó a la ventanilla y habló por el comunicador. Parecía muy tranquilo y sus palabras sonaron convincentes. De todas formas, Vic tenía dispuesta una pistola de cartuchos, a medio desenfundar.

Los vehículos siguieron su marcha, hasta detenerse en los hangares. Habíamos visto pocos hombres y apenas una o dos unidades blindadas.

Un oficial se acercó a nosotros muy deprisa. Tenía las facciones alteradas.

—¿Qué pasa? ¿De dónde vienen ustedes? ¿Quién les ha dado orden de regreso cuando se está combatiendo en el Sur?

Rogers descendió calmosamente y se cuadró ante el oficial. Detrás de él bajó Keller y otro hombre. La mano de éste último se movió velozmente y hundió un largo cuchillo en el vientre del oficial. Luego lo metieron dentro del vehículo.

Keller hizo sonar un silbato y de los vehículos descendieron centenares de hombres. No habría problema alguno de que nos disparásemos los unos contra los otros. Nosotros llevábamos las armaduras y dentro del cuartel ni siquiera los centinelas las usaban. Sería nuestro distintivo. Además, nos habíamos pintado unos triángulos verdes sobre el pecho, en previsión que la guarnición tuviese tiempo de armarse convenientemente.

Pero no íbamos a darle semejante oportunidad.

Desconocía los pormenores del plan, por lo que Vic me pidió que no la perdiese de vista. En cambio, cada hombre de la tropa invasora debía conocer su cometido perfectamente, como si hubiese estudiado cada centímetro del Punto. Y debía ser así. Victoria había tenido tiempo de estudiar todo el recinto y comunicar los datos.

En pelotones de veinte o treinta, nuestros hombres se dispersaron.

Keller hizo un gesto y Vic le siguió. Yo también lo hice. A mi lado iba Rogers, con una sonrisa divertida. Detrás, veinte hombres armados hasta los dientes.

Mientras los demás grupos se dirigían a los puntos neurálgicos de las instalaciones, nosotros caminamos hacia un sector que mostraba poco uso. Comprendí que buscábamos la puerta del tiempo.

Apenas nos introdujimos por un corredor cuando empezaron a sonar los disparos de las armas de fuego y los silbidos de las descargas energéticas.

Nos encontramos con un grupo de mercenarios. Parecían regresar de los lavabos. Se quedaron delante nuestra, estupefactos. Unos segundos después formaban un montón de cuerpos ensangrentados los que fueron alcanzados por proyectiles. Quienes resultaron tocados por los rayos se volatizaron en densas nubes.

Delante nuestro marchaban siete hombres, dispuestos a abrirnos camino. Pero el siguiente encuentro no resultó tan sencillo de solucionar como el anterior. Era un pelotón armado y ellos dispararon primero. Sentí que mi armadura absorbía una cantidad enorme de energía. Incluso llegué a temblar. Creo que disparé algunas veces, aunque sin precisar la puntería. Vic hizo tronar su metralleta y varias figuras enemigas cayeron alcanzadas.

Seguimos avanzando. Nuestra ventaja era sustancial. El enemigo sólo tenía armas de energía que neutralizaban nuestros trajes. En cambio ellos no tenían defensa posible contra las balas. Era como si un salvaje pudiese vencer a un soldado armado con un subfusil. Ridículo.

De todas formas habíamos tenido un par de bajas. Dos de nuestros soldados habían recibido tal cantidad de energía que sus trajes fueron incapaces de neutralizarla. Terminaron hechos pedazos. Sentí un nudo en la garganta. Aquello no lo sabía. Siempre había pensado que los trajes podían absorber cualquier cantidad de disparos. Pero éstos, indudablemente, tenían un límite.

Desde entonces procuré ser más precavido.

Seguimos corriendo por corredores que evidenciaban no ser usados desde hacía mucho tiempo. Vic se colocó a la cabeza e indicó una puerta.

Usó su rifle energético y la voló. A veces el arma del futuro es eficaz. Penetramos en una estancia amplia. En el centro estaba el rectángulo luminoso del portal del tiempo.

Vic me hizo señas y atravesó el halo de luz. La seguí.

Fue como un parpadeo. Nadie nos había seguido. Estábamos en un destartalado almacén, lleno de basuras por todas partes. Alcé la mirada. Por los tragaluces se veían las estrellas. Era de día cuando traspasé el portal del tiempo y de noche en la Tierra, quizá en el siglo veinte, en Berna.

—Abe, Abe —alguien gritó y en seguida reconocí la voz. Era Pablo.

Vino corriendo hacia mí. Vestía una chaqueta de cuero y llevaba un pañuelo al cuello. Aunque un poco pálido, tenía buen aspecto. Creo que nos hubiéramos abrazado de no haber llevado yo puesta la aparatosa armadura. Me miró, como si quisiera asegurarse de que era yo, que estaba bien.

—Me alegra verte, amigo —me dijo. Yo asentí y sólo se me ocurrió sonreír.

—La mercancía, Dunigan —apremió Vic.

Pablo la miró con cierto desprecio. Señaló hacia el fondo del almacén. Dijo:

—Está ahí. Desde hace seis días estoy esperando delante del

maldito portal. Algunas veces he sentido deseos de cruzarlo.

—Hubiera sido tu perdición si lo hubieras hecho —replicó Vic.

Regresó al halo y volvió con los hombres, a los que indicó donde estaba el montón de cajas metálicas.

Mientras se transportaba la mercancía, yo tomé a Pablo de un brazo y lo aparté para que nadie nos escuchara.

—Tienes que contarme lo que te ha pasado —le pedí.

Hizo un gesto vago y se encogió de hombros.

—Creo que todo el tiempo que permanecí en el cuartel y luego en las incursiones punitivas a las ciudades rebeldes estaba como drogado, Abe. Desde que Victoria me devolvió a nuestro tiempo comencé a recuperarme. Pero ella me hizo tomar antídotos y otros potingues. ¿Sabes por qué se mostró tan amable conmigo, Abe? —Apenas esperó mi negativa para proseguir—: Me necesitaba para completar la operación. Tenía que comprar para ella todo eso que están cargando.

—Lo sé.

—¿Seguro? ¿Sabes lo que es?

Se rió en mi rostro.

—Estás equivocado. Nada de eso. Armas ya tenían; necesitaban algo mejor, más sofisticado. Me ha costado mucho comprarlo. En nuestro tiempo, Abe, comprar armas es tan fácil como comprar caramelos. Yo he tenido que buscar algo más difícil. Pero el dinero lo arregla todo. Y esa gente disponía de oro suficiente para comprar un país entero. He firmado cheques por cientos de millones de dólares. El artículo llegó en parte aquí, camuflado como maquinaria agrícola, procedente de un país poco escrupuloso.

Empecé a impacientarme.

—¿Quieres decirme de qué se trata?

Pablo aspiró profundamente.

—He necesitado tres meses, Abe. Estoy cansado.

Le miré perplejo.

—No hace tanto tiempo que Vic te reenvió a nuestra era...

—Eso no importa. Las puertas pueden modificarse. Cuando me envió aquí desde el Punto en la Luna...

—Lo sabes. Sabías que estábamos en la Luna y no era en la Tierra, que ahora es cuando... —me detuve y sonreí. Estaba haciéndome un lío tremendo—. Bueno, quiero decir que he llegado desde la Tierra, que llaman Kofer.

—Lo sé todo. Estaba diciendo que ella me envió a Berna hace tres meses. Esta puerta temporal está conectada a tres meses en el futuro a la otra. Existen ciertas anomalías, pero eso no importa. I

—Lo que importa es que me digas qué es lo que están transportando al otro lado —dije señalando a los últimos hombres que

cruzaban el halo, cargados con los bultos.

—Una bomba atómica.

Parpadeé, abrí la boca. No encontré nada que decir y la cerré.

CAPITULO IX

Miré a través de la ventana de cristales rotos. Estábamos en una antigua fábrica o almacén, un edificio viejo abandonado desde hacía muchos años. Cuando allí irrumpió la puerta del tiempo proyectada desde... ¿el pasado o el futuro?, los exploradores se las ingeniaron para adquirir la propiedad y alejar los curiosos. Mi mente era un caos. Todo se sucedía demasiado deprisa y resultaba difícil coordinar las ideas.

Nos habíamos quedado solos Pablo y yo. Los últimos hombres habían cruzado la puerta con los últimos fardos y cajas. No vi a Victoria.

—¿Qué harás tú? —pregunté a Pablo.

Se encogió de hombros. Por un momento sonreí. Formábamos una pareja extraña. Pablo vestía como un hombre del siglo XX y yo con un aparatoso y tenebroso traje de combate, cargado de armas.

—Me quedo. Sólo estoy a un lado del presente que abandonamos, Abe. Dispongo de dinero, lo que es muy importante en estos tiempos.

—¿Cómo están las cosas?

—Peor que cuando decidimos embarcarnos en la aventura de ser mercenarios. La crisis aumenta y los gobiernos cada vez están más nerviosos. Incluso la cruel y neutral Suiza padece convulsiones.

—Te enfrentarás a un mundo difícil. Debes venir con nosotros.

—¿Supones que te será más fácil allí? — Señaló la reluciente puerta—. Ellos huyeron de su tiempo, Abe, de nuestro futuro real porque no podían supervivir.

—Una vez sugerí a Victoria esa vía de escape, pero me respondió que no era viable.

—Falso. Se trasladaron a la Luna y allí construyeron el Santuario.

—Querrás decir los santuarios. Son varios.

—¿Cuántos viste tú? Sólo existe un Santuario, donde siguen viviendo esplendorosamente.

—Eso no puede ser. Si era la Luna, allí había aire.

—Oh, vamos, Abe. El cuartel estaba debajo de la superficie, y el Santuario herméticamente cerrado.

—Pero la gravedad...

—Está neutralizada dentro de los recintos. Y las botas de los equipos de combate regulan la gravedad.

—Pero ¿por qué todo ese inmenso trabajo? Resultaba más fácil emigrar a la Tierra.

—Pretendieron hacer habitable la Luna y dejar la Tierra virgen y antigua como enorme despensa que siempre les surtiera de materias

primas y comida.

—Es una quimera intentar terraformar el satélite.

—Por medio del Enlace envían oxígeno, todo el que necesitan, a la Luna. Incluso comenzaron el proyecto de construir una atmósfera en la Luna a costa del oxígeno de la Tierra, pero lo desecharon. La Luna no puede contenerlo, se escapa en el espacio. Por eso has debido ver un cielo tenue, una atmósfera enrarecida. De todas formas, dentro de unos años no quedará nada. Todo el esfuerzo habrá sido en vano.

Miré a Pablo.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso, Pablo?

—¿Te refieres a la máxima degradación de la vida en la Tierra? Supongo que dentro de dos o tres siglos. Entonces se descubrirá la forma de viajar en segundos a la Luna. Oh, los viajes a las estrellas nunca se producirán. Por lo menos no lo conseguirán. Cuando estén construidos el Santuario y los cuarteles, descubrirán por accidente las puertas del tiempo al pretender llegar a las estrellas. Entonces comenzará la gran emigración. Pero sólo serán unos pocos millones. Los que forman los ciudadanos de élite y los obreros que precisen para trabajar en la Tierra del pasado.

—¿Qué pretende ahora la sociedad élite?

—Una vez abandonado el proyecto de terraformar la Luna, dedicar la Tierra como una enorme fábrica de suministros, reasentar en el planeta una población esclava que trabaje para ellos indefinidamente.

Sonreía socarronamente, pensando en la revolución.

—Al parecer no les están saliendo bien los planes.

—La población de la Tierra disminuyó considerablemente, Abe. Realmente no disponían de mano de obra fuerte y cualificada. Así, la importaron de nuestro tiempo en cantidades ingentes. Creo que existen aquí unos cuatro o cinco millones. Aunque tal vez no sean tantos. Llevan viviendo varias generaciones y se sienten habitantes de su tiempo, pero aún conservan el coraje de nuestra época. Con eso no contaron.

—Y por la misma razón reclutaron mercenarios.

—Sí.

Vic se asomó por el portal. Llamó imperiosamente, gritando mi nombre.

—Aún queda una posibilidad, Abe —me dijo Pablo.

—¿Posibilidad? ¿De qué?

—De que la Humanidad tenga una oportunidad de emigrar a las estrellas. Antes de descubrir el viaje a través de los Enlaces se viajó a las estrellas, pero el enorme tiempo requerido para alcanzarlas hizo fracasar el proyecto. Contando con el proyecto, los hombres de cinco o seis años al presente en que estamos ahora, podrán establecer los Puntos y efectuar una emigración masiva antes que la vida se degrade

demasiado en la Tierra.

—Olvidas las paradojas...

—Olvídalas tú. Cuando rompamos el nexo, dispondremos de un futuro nuevo, hecho a nuestra manera.

—No sé cómo podríamos...

Victoria seguía llamándome y Pablo, antes de marcharse, me dijo:

—Eso no lo sé yo, Abe. Ojalá lo averigües tú. Suerte.

Se alejaba y yo me acerqué a la puerta del tiempo. Victoria me tomó de la mano y me introdujo a través del halo.

*

El Punto, todas sus instalaciones anexas, eran nuestras. Por doquier se veían cadáveres enemigos. Pocos eran los mercenarios que habían tenido tiempo de enfundarse sus armaduras. Los que los hicieron fueron acribillados a balazos.

Vic me llevó hasta el centro dirigente del Punto. Desde un pasadizo elevado observé el túnel por el cual eran enviadas las naves a través del Enlace. Docenas de nuestros soldados vigilaban.

Al pie de la plataforma, un pequeño ejército de hombres, liberados de sus armaduras, trabajaba denodadamente en el montaje de la bomba.

Me quedé allí mirándola. Victoria me preguntó:

—¿Sabes lo que es?

Asentí.

—Sí, así debe ser. Has estado hablando mucho tiempo con Dunigan.

—Será enviada a la Luna y estallará en el Punto. ¿Qué pasará?

—Nada quedará allí con vida. El suministro de oxígeno que les llega a través del Enlace se suspenderá. Tenemos calculado que en toda la superficie del satélite ocurrirán unas explosiones en cadena.

—Que dejará la Luna con el aspecto con el que siempre la conocimos.

—Posiblemente.

—Los millones de cráteres tendrán entonces una explicación.

—Eso no es importante.

—Seguramente, pero morirán millones de personas.

Vic me miró duramente.

—Se trata de ellos o nosotros.

Me volví. Cerca del pasadizo había una habitación. Allí, amontonados, estaban varios cadáveres. Todos eran hombres y mujeres de élite.

—No pretendo disculparles, pero es un asesinato en masa.

—¿Encuentras una solución mejor? Si no aprovechamos esta

oportunidad, la gente que vive en la Tierra será esclava para siempre.

—No entiendo nada. Estamos en el pasado, a una distancia de muchos miles de años de las civilizaciones egipcias o romanas. Si la historia tiene que ajustarse a la realidad, vosotros no podéis triunfar. Todo el conocimiento actual debe desaparecer. Las tribus salvajes que se alejan asustadas de las factorías e instalaciones agropecuarias mecanizadas son las que deben evolucionar y formar algún día las civilizaciones que conformaron la que yo conocí, con sus defectos y escasas virtudes. ¿Qué sabéis vosotros, qué habéis pensado al respecto?

Ella sonrió.

—No nos importa nada eso. Nosotros conformaremos una civilización que arrasará la historia que conocimos. Existe una teoría de las vías colaterales del tiempo. Mientras, nosotros desarrollaremos una nueva historia, en algún plano temporal los sucesos que conocimos seguirán su curso; pero eso no debe detenernos.

Volví a mirar hacia abajo. El proyectil estaba casi terminado.

Súbitamente hubo cierta tensión. La sirena de alarma del Punto comenzó a sonar. Victoria me explicó:

—Las unidades mercenarias están regresando. Nos atacan.

—¿Podremos aguantar mucho tiempo?

—El suficiente. No tardaremos más de una hora en lanzar el proyectil por el Enlace. Sólo tenemos que empujarlo un poco y la fuerza interna lo lanzará contra el Punto de la Luna en unos segundos.

Todo lo que existía en la Luna iba a desaparecer, lo que implicaban los Puntos, el Enlace, incluso las puertas del tiempo que conectaban con diversas épocas de la Tierra y en diversos espacios.

Mi mente bullía y en ella golpeaban las palabras de Pablo.

Los rebeldes de la Tierra sólo querían librarse del yugo del pueblo privilegiado que vivía en la Luna. Iban a destruirlo todo, a quedarse solos en la Tierra que pensaban modificar a su antojo. Pero al mismo tiempo, una serie de conocimientos se iban a perder.

Unos conocimientos que se guardaban en la Luna.

—Una hora —musité.

Vic se volvió para mirarme. Palideció al verme marchar y bajar del pasadizo, descendiendo por las escaleras metálicas en dirección a la plataforma que conducía al Enlace.

Me alcanzó cuando estaba a un par de metros de ella. Los hombres encargados de terminar el montaje del proyectil atómico no nos prestaron atención, enfrascados en su trabajo.

—¿Qué intentas hacer?

Me ajusté el casco y empecé a respirar el oxígeno de mi escafandra. Por toda respuesta señalé el resplandor del Enlace.

Luego, sin que nadie me detuviese, me lancé a través del Enlace.

*

El viaje apenas duró unos segundos, pero el tiempo dentro del Enlace parece estar a merced de quien viaje por él. Me dio tiempo de pensar que no iba a llegar vivo al otro lado. No sabía nada si un hombre con la única defensa de una armadura podía llegar ileso al Punto. También tuve oportunidad de arrepentirme ligeramente de mi acción. Si el Enlace conducía al cuartel de los mercenarios, a cien kilómetros del Santuario, mi acción habría sido inútil.

Pero recordé que los sublevados pretendían que el proyectil estallase en el Santuario. Eso me hizo concebir un poco de esperanza. Me hallé en una plataforma. Sólo el decorado me hizo comprender que estaba al otro lado, aunque no sabía si en los cuarteles o en el Santuario. Tenía que averiguarlo cuanto antes. El tiempo jugaba velozmente en mi contra.

Salté de la plataforma y anduve unos pasos. Era una estancia enorme, llena de artefactos, de bultos. Parpadeé. No parecían ser los Cuarteles. Pero de todas formas…

—Estás loco, Abe Snell —me gritó Victoria.

Me había seguido hasta la Luna. Me sentí eufórico. La chica me quería de veras. De todas formas le dije:

—Debes volver.

—Antes tienes que decirme lo que pretendes.

Empecé a formarme una idea de lo descabellada que resultaba mi idea.

—Lo siento, pero tengo una tarea que realizar aquí.

Ella enarcó sus lindas cejas.

—Sí, querida —añadí agriamente—. Yo me resisto a que el mundo que conozco, que se estaba hundiendo, perezca totalmente. Si el tiempo es subjetivo, yo pretendo reformar el que me tocaba vivir. Quiero regresar y enderezarlo.

—¿Estás loco, Abe? La Tierra estaba totalmente degradada cuando nos enviaron al pasado.

—Pero puede salvarse. Quizá en otra dimensión nuestro planeta sea una esfera muerta, pero yo pienso que mi tiempo, el que aún sigue conectado con las puertas, tiene salvación.

—Corremos peligro. En cualquier momento puede irrumpir el proyectil atómico y…

—Sí, lo sé. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo. No quiero irme sin llevarme el secreto de los Puntos y el Enlace.

Caminaba hacia la salida de la estancia que encerraba la plataforma. No tenía ni idea de dónde ir. Ahora pensaba que la presencia de Vic podía serme de ayuda. Claro que si ella quería

colaborar. Sólo tenía que presionarla, aunque indirectamente. Era vital que ella se ofreciese si terminaba comprendiendo lo que yo quería hacer.

—Desvarías, Abe. Ese secreto no se sabrá hasta dentro de tres siglos después del año 2000.

—Ahí está la clave, preciosa. Antes de comenzar el segundo milenio, toda la esperanza de la humanidad se cifraba en los mundos estelares, pero las distancias seguían siendo insalvables. En 1982 se enviaron naves a Alfa Centauro, pero el viaje era demasiado largo y en las naves no podían viajar muchas personas, por lo que una emigración en masa era inviable. Se olvidaron los viajes a las estrellas poco después, según presumo por lo que sucedió en la Tierra. ¿Qué crees que habría sucedido si antes de finalizar el siglo XX se contase con el secreto de los Puntos, con disponer de los Enlaces para enviar a mundos lejanos millones de seres que sobran en la superpoblada Tierra y recibir a cambio las materias primas que nos estaban degradando?

—Creo que te comprendo, Abe. Sí, te comprendo. Pero tu idea, aunque original, no puede ser llevada a la práctica. Tal vez de haberla intentado antes… Pero ahora no hay tiempo.

—Tengo que acceder a los planos de los Puntos, aunque tenga que arrasar el Santuario.

Salimos a un amplio corredor. Allí había gente, hombres y mujeres de la élite nos miraban extrañados. Era infrecuente ver allí a dos figuras con sus armaduras completas y armadas con rifles de energía y de proyectiles.

Pero nadie se atrevió a interceptarnos. Se apartaban de nuestro camino y se alejaban cuchicheando en el idioma que yo no comprendía.

—Estúpido cabezota —gruñó Vic—. Tendré que conducirte al computador.

Sonreí, pero creo que ella no lo vio.

—Te lo agradeceré, preciosa. Suponía que tú podrías ayudarme, puesto que conoces todo esto. Es una hermosa ciudad. Lástima que tenga que desaparecer.

—Olvida eso. Mi gente merece una oportunidad. Sígueme.

Tomamos un vehículo aparcado. Creo que sus dueños estaban cerca, pero se limitaron a mirarnos extrañados cómo consumábamos el robo.

—Por suerte el centro de registros no está lejos. Y cerca existe otro Punto que nos puede salvar de reventar cuando llegue el proyectil —dijo Vic mientras conducía velozmente, de forma temeraria.

—No veo ningún tipo de policía por aquí.

—¿Quién iba a venir a molestarles? De todas formas pronto

cundirá la alarma y se propagará la noticia de que dos soldados están deambulando por los niveles. De los cuarteles enviarán patrullas a investigar.

Se volvió para mirarme. Creo que observó mi rostro a través del cristal del casco. Dijo:

—Puedo leer en tus ojos que no estás de acuerdo con nuestro plan de hacer volar la Luna.

—Aciertas. De todas formas son millones de seres los que viven aquí.

—No existe otra solución. Debes pensar en los que sufren en la Tierra, esclavizados realmente. Te repito que mi gente merece una vida libre.

—Espero que ellos sepan aprovechar la oportunidad y construyan una sociedad que no termine arruinando de nuevo el planeta.

Se encogió de hombros.

—Tal vez sea así. Estamos llegando.

Nos detuvimos delante de un edificio enorme, totalmente acristalado y que se perdía en el altísimo techo del Santuario. Bajamos y subimos la escalinata. Algunos hombres salían y entraban. Se detenían para mirarnos incrédulos. No les hicimos caso y entramos en el vestíbulo.

—Estuve una vez aquí, bajo mi identidad de ciudadana de élite. Impunemente robé datos importantísimos para nuestra causa. Creo que ahora podremos apoderarnos de los datos que precisas sin problemas —miró el cronómetro inserto en su muñeca acorazada y soltó una maldición—. Se nos termina el tiempo. Por Dios, Abe, si alguien intenta detenerte, no dudes en disparar.

Tomamos un ascensor que nos debió subir unos veintitantos pisos. En aquel nivel corrimos por los pasillos, atropellando a cuantas personas nos interrumpían.

Alguien gritó algo que no comprendí y Vic le disparó. El infeliz cayó muerto. Había usado el rifle de proyectiles. Pensé que el energético era más limpio.

Cuando entramos en la sala de registros, varias personas salieron huyendo ante nuestra presencia. La voz de alarma debió haberse extendido. Si a causa del proyectil disponíamos de escaso tiempo, ahora éste había disminuido drásticamente.

Victoria se desprendió de su guantelete derecho y comenzó a manipular en una consola. Yo sólo podía quedarme vigilando. ¿Qué habría hecho allí si ella no me hubiera seguido? Me respondí que, sencillamente, nada.

La consola comenzó a vibrar. Un minuto después, de una ranura salía una bobina, que Vic recogió y me entregó.

—Aquí está registrado todo el proceso para construir los Puntos y

mantener en funcionamiento los Enlaces —suspiró—. Confío que servirán de algo.

—¿Lo dudas?

—¿Quién conoce lo que es el tiempo? Te crees capaz de alterar tu propio presente, de desviarlo del que será el mío en el futuro. Ojalá sea así.

—Puedes comprobarlo.

—¿Cómo?

—Viniendo conmigo.

—Mi gente me necesita.

—Me habría gustado que me acompañaras, Vic. En mi tiempo el mundo aún no era demasiado deplorable. Es cierto que a veces se hacía merecedor de lo que le aguarda, pero aún se puede salvar la Humanidad.

—Deja eso, Abe —me respondió secamente—. Ahora tenemos que localizar el otro Punto y regresar a la Tierra.

Al salir de la sala nos encontramos con una multitud de hombres gesticulantes. Parecían insultarnos. Nos alejamos de ellos, no haciéndoles demasiado caso, pero cuando un pelotón de mercenarios se abrió paso entre los ciudadanos, no lo pensamos dos veces y abrimos fuego. Se trataba de ellos o de nosotros. Usábamos los rifles de energía y la matanza fue tremenda. Pero no nos detuvimos a comprobar el efecto de nuestras descargas.

En seguida nos metimos en un ascensor. Yo me dejaba guiar por Vic, siempre suponiendo que ella sabía dónde debíamos dirigirnos.

La alarma en el Santuario ya estaba dada y desde cada rincón podían surgir más soldados. Vic corría delante mío, gritando en la lengua del Santuario que nos dejasen paso, que había enemigos infiltrados.

Fueron unos minutos de locura. Bajamos infinidad de niveles. Calculé que nos hallábamos en los sótanos cuando nos detuvimos.

Entonces se me ocurrió preguntar.

—¿Por qué no hemos elegido el Punto por el que llegamos?

La mirada de Vic pareció querer fulminarme.

—El proyectil puede estar en camino y sería mortal cruzarnos con él. Mira allí.

Lo hice y vi otro Punto. Era parecido al que habíamos dejado. Algunos hombres echaron a correr al vernos. Los habitantes del Santuario no se distinguían por su valor. Era comprensible que reclutasen mercenarios en el pasado para que luchasen por ellos.

Antes de entrar en el dintel luminoso, pregunté:

—¿Estás segura que nos llevará a la Tierra?

—Sí, a cierta distancia del que conquistamos, pero será suficiente. Allí hay otra puerta del tiempo que te llevará a tu tiempo.

Nos introducíamos en el halo cuando a la sala cercana llegaron docenas de soldados. No sé si nos dispararon. La oscuridad y la luz nos envolvieron y de nuevo estábamos viajando. Yo sostenía la grabación fuertemente, como si temiera perderla en el viaje.

CAPITULO X

Cuando trato de recordar lo que sucedió a continuación tengo que realizar un gran esfuerzo para hacer coherente el relato.

Sólo tengo bien grabado en mi memoria que surgimos en una plataforma alrededor de la cual se libraba una gran batalla.

Vimos hombres con armaduras por todas partes. Entonces recordé que nuestros distintivos triangulares en el pecho nos diferenciaban del enemigo.

Descubrimos algunos soldados con los triángulos y corrimos hacia ellos. A la derecha existía una formación que avanzaba contra nosotros y no cabía la menor duda que eran enemigos.

Así pues resultaba sencillo llegar a la conclusión que las fortificaciones que defendían el Punto conquistado en la Tierra habían sido asaltadas por las fuerzas enemigas y se libraba una batalla definitiva..

Supongo que nos salvamos de milagro. El Enlace por el que habíamos llegado estaba siendo utilizado para enviar refuerzos desde la Luna para sofocar la rebelión. Nosotros podíamos haber sido abatidos por los compañeros de Vic al tomarnos por enemigos viéndonos descender de la plataforma.

Pero la batalla no iba bien para los rebeldes y éstos estaban demasiado ocupados conteniendo a las fuerzas anteriores desembarcadas. Pudimos unirnos a ellos sin más problemas.

Mi sorpresa fue enorme al tropezar con un soldado, que en seguida identifiqué como Rogers.

—Maldito recluta —dijo al saber quién era—. ¿Dónde te habías metido? Hace falta todo el mundo útil para contener a esos malditos hasta que sea enviado el proyectil. ¡Dispara, condenado!

Contuve mi deseo de machacarle la cabeza con la culata de mi metralleta. Vic se tumbó entre los dos y preguntó al sargento:

—Este Enlace está fuera de las fortificaciones que conquistamos, ¿cómo es que se lucha por él?

—Detrás de estas instalaciones las defensas que ocupamos son débiles —masculló Klaus—, y el jefe decidió enviar un grupo, pero no podremos aguantar mucho tiempo; voy a ordenar la retirada.

La chica me hizo levantar y gritó a Klaus:

—Snell se viene conmigo; estamos realizando una misión especial.

Nos alejamos de la lucha, escondiéndonos detrás de los montones de mercancías y contenedores. Vic señaló el camino.

—Por allí está la puerta.

—No podrás volver al Punto. Esos cerdos os cortarán la retirada.

—Antes habrá llegado el proyectil atómico a la Luna. ¿Sabes lo que eso significará? —Yo sí lo sabía, pero ella me explicó—: Todos los Enlaces saltarán en pedazos y el sistema de puertas del tiempo se suministra del mismo canal de energía, por lo que dejará de existir al mismo tiempo.

Vimos el portal al doblar un corredor. Su luminosidad me hizo vibrar de alegría. Apreté con fuerza el registro. El lugar estaba casi arruinado y el techo hacía mucho tiempo que había dejado de existir. Se veía la Luna a través del hueco. Aún seguía mostrando su faz distinta a la que yo conocía siempre. Si el tiempo alguna vez se unía y conformaba alguna lógica, el proyectil estaba predestinado a alcanzar su objetivo, provocar las explosiones y configurar la superficie del satélite como lo habían explorado los astronautas de mi siglo.

Después de algunos cientos de miles de años, en la Luna no quedaría ni el menor rastro del Santuario ni de los cuarteles. Nada.

Sobre nuestras cabezas se produjo un destello. Alzamos las cabezas y vimos la Luna rodeada de una serie de luces.

La bomba atómica había llegado al satélite a través del Enlace y estaba produciéndose la reacción en cadena.

—Por Dios, Abe, en unos segundos los portales del tiempo se cerrarán —me instó Vic empujándome hacia el halo.

Yo me resistía a abandonarla. Iba a pedirle una vez más que me acompañase cuando la seca y agria voz de Rogers tronó a nuestras espaldas:

—Debí pensar algo parecido; vais a largaros. Creí que el único en renegar de mis principios era yo, Abe. Pero tú eres igual.

Nos apuntaba con una metralleta; nuestros trajes no servían de nada contra las balas. Estreché a Victoria.

—¿Qué te importa a ti lo que hagamos? —pregunté.

—No puedo saber lo que intentáis, pero puedo imaginarme que se trata de algo grande. Y quiero participar de los beneficios.

Aspiré hondo. Había mirado de soslayo la puerta y la noté un poco más pequeña. No se podía perder un segundo más.

—Está bien. Síguenos —mostré el registro—. Aquí llevo algo que vale una fortuna en el siglo XX, Rogers.

Empujé a Vic con violencia. En realidad la arrojé a través de la empequeñecida puerta. Yo la seguí cuando apenas tenía hueco para pasar. Detrás de mí escuché un grito maldiciéndonos.

Estaba sentado al otro lado. Era un almacén abandonado. ¿El mismo en Berna donde Pablo nos había preparado el cargamento? Me volví para mirar hacia el reducidísimo halo. En aquel instante Rogers intentaba cruzarlo también, pero algo le retuvo. Tenía medio cuerpo en mi tiempo. Hizo un esfuerzo para terminar de pasar, pero la puerta le aprisionaba.

El grito que soltó Rogers fue desgarrador.

Cuando la vibrante puerta del tiempo desapareció, la mitad del sargento cayó al suelo desde una altura de medio metro. Me liberé del casco y vomité. Victoria estaba muy pálida a mi lado.

Nos alejamos de allí, arrastrando los pies sobre las basuras del suelo.

—Todo ha terminado. Se acabaron las puertas del tiempo, los Enlaces —musitó Vic. Tiró lejos su casco y comenzó a desembarazarse de las piezas de su armadura, como si le quemasen—. Te saliste con la tuya, Abe Snell.

—No lo sé. No sabemos dónde estamos.

Era una vieja fábrica. Por un momento pensé que era la misma que horas antes, por hablar de alguna forma, habíamos visitado en busca de las piezas del proyectil atómico. Tal vez fuese el mismo lugar, ¿pero en qué tiempo?

Yo también me liberé de la armadura y me quedé con el ligero traje rojo y negro. Pero conservé la metralleta y, por supuesto, el registro.

Entramos en otra nave abandonada. Escuchamos pisadas. Nos escondimos.

No sé cómo pude ahogar el grito de asombro, al ver a Pablo Dunigan caminar hacia nosotros muy despacio. Creo que aún conservaba la misma expresión de cansancio que tenía cuando yo me despedí de él para regresar al Punto a la llamada de Vic, detrás de los hombres que se habían llevado la bomba.

Cuando Pablo nos vio su gesto de asombro era enorme. Tartamudeando, exclamó:

—Pero... Si os acabo de dejar. Apenas hace unos segundos.

—Sí, unos segundos para ti, pero casi una larga y terrible hora para nosotros, Pablo.

—Las puertas del tiempo han desaparecido —añadió Vic.

—Tenéis que explicármelo todo.

—Seguro, pero ahora debes llevarnos a un hotel o a tu casa, donde quieras. Tenemos que descansar y hablar mucho. Creo que tenemos que charlar durante muchos días.

—No podrá aguantar tanto mi curiosidad...

—Pues te fastidiarás —reí. Estaba eufórico. Tenía conmigo a Victoria para siempre, bien agarrada a mi brazo derecho. Mi mano izquierda sostenía el registro, después de tirar la metralleta. No era aconsejable salir a las calles de Berna con un arma.

Pablo asintió. Dijo:

—Iré a buscar el coche. Estamos en una vieja zona industrial. En unos minutos os llevaré al apartamento que tengo alquilado. ¡Y allí me lo contaréis todo, os lo juro!

Le vimos alejarse. Abracé a Vic.

—Tengo el temor de que estés decepcionada por encontrarte aquí conmigo. Supongo que no me odiarás.

—No, no podría —replicó ella—. Además, me atrae la nueva aventura. No te será tan fácil convencer a los gobiernos de la Tierra de que disponemos del único medio de salvar la actual Humanidad.

—Seguro que no nos creerán si les contamos la verdad.

—Será preferible una mentira lógica.

Agité el registro.

—Ahora que lo hemos conseguido, me pregunto cómo podremos convencer a los políticos.

Ella me pasó el brazo por la cintura y aligeramos el paso en dirección al coche de Pablo.

—Ya se nos ocurrirá. Estoy segura que podremos alterar el curso del tiempo.

Reí con ella y deseé tener su misma fe.

Teníamos delante de nosotros una difícil tarea; pero era imprescindible que triunfásemos.

Al salir de los ruinosos almacenes, alcé la mirada. Era por la tarde y la Luna se mostraba grande y pálida cerca del horizonte. La nitidez de la atmósfera permitía ver sus formas habituales.

Las que quedaron después de la destrucción, hacía cientos de miles de años, de su superficie.

FIN